



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 25 Diciembre 1913.-Número 52.

SUCURSAL  
RIVADAVIA, 1.315  
BUENOS AIRES

## Cosillas

¡Por fin!

Mucho ha tardado, pero al cabo ha sido.

Tras la Juventud que se encasilló al nacer en las diversas fracciones republicanas, adaptando su marcha al paso de los que no querían avanzar, sometiendo-se á una disciplina enervadora, inficionándose de nuestras miserias, coreando nuestros odios y ampliando nuestras idolatrías, ha surgido hace poco otra Juventud independiente que ha comenzado por coger briosa la piqueta y descargarla sobre la parte ruínosa del edificio republicano, que urge reparar cuanto antes para que no se venga abajo del todo.

Cuando me entero de sus acuerdos, leo sus escritos y me fijo en sus propósitos, brisas de esperanza olean mi frente, y siento una renovación de vida espiritual que aparta de mi cerebro la idea negra de que mi labor sea perdida.

No experimentaré más alegría el soldado que lucha sólo contra numerosos enemigos y oye de pronto el sonido de las cornetas y clarines de una división que se acerca, que yo he sentido al saber lo que los jóvenes republicanos de Valencia han hecho: unirse todos bajo la denominación común de Juventud Republicana, prescindiendo de jefaturas, olvidando pasados agravios, y comprometiéndose á no aceptar cargos populares que no sean los peculiares á su organización.

Entre los jóvenes que se han unido, hay muchos con carrera científica, otros con posición holgada é independiente, y todos con lo que vale más que todo eso: fe en el ideal, voluntad para defenderlo y valor para imponerlo.

En otro número hablaré de todo lo que han acordado: hoy me limito á pintar una escena que humedeció muchos ojos en quienes tuvieron la ventura de presenciársela. Me refiero al abrazo que públicamente se dieron algunos de los que se habían agredido á tiros allá en aquellos tiempos de luchas intestinas que quebrantaron la unidad de aquel poderoso núcleo de Valencia, admirado por toda la España republicana.

El abrazo cordial, noble, de perdón y olvido, que tantas veces propuse á los jefes que se dieran, sin conseguirlo nunca, se lo han dado los jóvenes de Valencia, para poder trabajar unidos y confiados en pro de la República. Imitenlos todos los jóvenes de España, y Lázaro resucitará.

Aplauso y honor á los de Valencia por

haber iniciado este movimiento hermoso y salvador, y consideren desde hoy EL MOTÍN como órgano suyo, hasta que salga el periódico que han pensado fundar.

Y esto que digo á los de Valencia, lo repito á todos los jóvenes de España que entren por ese camino.

Cuando no tengan otro periódico donde insertar lo que acuerden, envíemelo. Nunca me habré visto más honrado, ni ellos con más voluntad ni más desinterés complacidos.

### Lo absurdo atrae

Hay quien se extraña de que Melquiades haya encontrado republicanos que le sigan en su evolución á la monarquía. Yo no.

Desde que aquel malagueño guasón anunció la venta de unos polvos para hacer sardinas y encontró quien le envió dinero para que se los remitiese, yo no me admiro de nada.

Todo lo absurdo atrae, y doblemente si tras él se vislumbra algún provecho.

### ¡Abrenunciol

Los *Miserables*, semanario de Barcelona, propone que sea yo jefe del Directorio que se forme cuando la unión se haga.

¡Yo jefe! Si tuviera medio siglo menos, desafiaba al autor de esa proposición. Estando ya incapacitado para permitirme gallardías musculares, me limito á rogarle que no me insulte.

Han desacreditado el oficio ese de un modo, que se necesita estimarse en muy poco para ejercerlo.

Pero hablemos en serio.

Me complacen las atenciones y deferencias que los jóvenes republicanos de ahora tienen conmigo, mas ruegos que no hagan nada por sacarme de mi aislamiento.

Si cuando tenía más vigor físico y mental, me negué siempre á aceptar cargos y representaciones en el partido, ¿iba á aceptarlos hoy, que cada hora que pasa puede ser la última para mí? Sería un signo irrecusable de chochez.

Además, yo no dispongo de tiempo alguno: el periódico y los libros que público me ocupan doce horas, el día que menos; y necesito trabajar todavía para vivir, con más ahínco si cabe que cuando comencé á emborronar cuartillas.

Y, por último, me conozco lo bastante para saber que lo echaría á rodar todo, en el momento de advertir que el organismo formado no respondía á los deseos del partido.

Déjenme, pues, en mi rincón combatiendo á mi modo lo que siempre combatí y ayudando á los que vayan por el camino que siempre señalé como el mejor.

Y crean que me considero reglamento pagado, con que los jóvenes reconozcan que he hecho algo por el ideal. Y como para mí, merecer vale más que alcanzar, me figuro haber alcanzado lo que he merecido sólo con que se recuerde que lo he hecho.

Hay en la cartilla del Carabínero un artículo que medio recuerdo y que viene á decir próximamente:

«La profesión del carabínero es toda de abnegación, sacrificios y resignación; y la mejor recompensa á que puede aspirar, es á la de que sus jefes reconozcan el valor de sus distinguidas acciones.»

Y parodio de viejo ese artículo que aprendí de joven, en esta forma:

«La misión que me impuse al coger por vez primera la pluma, fué la de oponerme á toda injusticia; no velar nunca la verdad por interés propio; levantar mi voz en pro de los de abajo; no transigir con las torpezas ó los cálculos de los de arriba; y combatir todas las religiones por absurdas, tiránicas, embrutecedoras y explotadoras.»

Y al ver que hoy ha surgido una juventud que aprecia lo que he hecho, me digo:

¿Qué mayor recompensa podía yo soñar, que la de verme al firme, elogiado por los que llegan?

### Sería vergonzoso

Leo una noticia que sentiría ver confirmada: que *Ideal* de Zaragoza va á morir, por no haber respondido los republicanos en la medida que debían á los sacrificios de su propietario, y director hasta hace poco, Vicente Sarriá.

Y lo sentiría, por la vergüenza que caería sobre el partido republicano de Zaragoza, si dejase morir por indiferencia ó mezquindad, á un periódico tan valiente, tan bien redactado, tan culto, tan independiente y tan digno.

Deseo que al enterarse los republicanos de Zaragoza de lo que dice Sarriá sobre las causas de la desaparición del periódico, se apresuren á ponerlo en condiciones de vida.

Por deber, por conveniencia y por gratitud.

### Lo que ví el sábado

Me levanté de la mesa á abrir el balcón para renovar el aire de la habitación en que desde hacia tres horas estaba es-



cribiendo. Eran las siete de la mañana y apenas se vela.

Al cerrar un cuarto de hora después, asomeme un instante y vi hacinados frente al número 46 unos objetos que no pude detallar, cubiertos en parte de nieve.

Más tarde me enteraron de que lo que yo había entrevisto eran los muebles de una familia (padre y dos hijos de corta edad) desahuciados del cuarto bajo de la casa por el casero, por no haber pagado el mes corriente, pero que tenían integro el mes de fianza.

Me enteré también de que hacía poco había fallecido la madre de los niños, víctima de una enfermedad adquirida en aquel cuarto, que es muy húmedo; y de que los muebles, pobres y escasos, estaban en la calle desde la tarde anterior. Entonces me expliqué por qué se hallaban en parte cubiertos de nieve.

Lo que no supieron decirme, era dónde habían dormido aquella noche de á seis bajo cero el padre y los chicos, mas no me preocupé. Habiendo quiclos de puerta á millares y gradas de piedra á la entrada de ciertos templos, el acurrucarse en ellos es fácil, si no lo impiden los guardias ó los serenos. La Providencia viste los lirios.

Después de escuchar todo esto, miré al edificio de enfrente, el de mis vecinos los jesuitas del número 25, y recordé los numerosos automóviles y los infinitos coches de lujo que estuvieron parados hace noches frente á su fachada, y pensé en el Dios justo y misericordioso á la cuya voluntad no se mueve la hoja del árbol ni los caseros ponen muebles en la calle; y en la ley, que es igual para todos; y en la justicia, que da á cada uno lo que le pertenece; y en la propiedad, que es sagrada; y en otra porción de entidades respetables en que á menudo suelo descomermé.

A las cuatro de la tarde desaparecieron los muebles de frente á la casa número 46, no sé si para venderlos su dueño con el piadoso propósito de comprar un revólver de lance para cometer el horrible crimen de suicidarse, ó para pagar una misa en acción de gracias por no haberse muerto ninguno de sus hijos aquella noche de frío tan terrible pasada á la intemperie...

Y á propósito de cuartos húmedos.

Voy á regalar una idea productiva al ayuntamiento de Madrid.

Nombre una comisión de personas incapaces de venderse (ya sé que esto es difícil, mas no absolutamente imposible) para que visiten los cuartos bajos de la Villa y Corte; haga devolver á cada casero de los que sean inhabitables el importe de los alquileres que ha cobrado desde que la casa se construyó, y tenga por seguro que recaudará lo bastante para enjugar la Deuda municipal.

Y si luego los jueces procesaran por asesinato paulatino, realizado con premeditación, lucro y alevosía, á los case-

ros á quien el ayuntamiento multare, podríamos alabarnos de haber visto una vez siquiera en el fiel la balanza de la justicia.

### Andares mayestáticos

El día de la manifestación de protesta contra la guerra, definieron cerca de donde yo estaba diez ó doce hombres que me llamaron la atención por su andar ceremonioso y acompasado; graves y solemnes y ajustando sus movimientos al de que iba delante, parecían hacer un favor á la tierra que pisaban, como el portugués del cuento.

—¿Quiénes son esos? pregunté á uno que á mi lado estaba, y me contestó:

—Los reformistas.

Indudablemente, pensé, estos hombres son los llamados á regenerar á España. No se camina con tanta prosopopeya y magestad sin tener plena conciencia de la alta misión que se está llamado á cumplir en este planeta.

JOSE NAKENS

### En el caos jurídico de España

Llevamos treinta y ocho años de restauración monárquico-constitucional, en plena paz interior, sin que el más leve movimiento popular haya impedido el funcionamiento de las Cámaras, ni la labor de los ministerios, ni las sesiones de los Consejos, ni el estudio de las academias oficiales.

Y á estas horas, el derecho constitucional está inconstituido; no hemos salido del período constituyente, mejor dicho, nos hallamos en período de destitución y de reconstitución del sistema expulsado de la patria por voto de la Nación Soberana con el sello de sangre de tres generaciones, ahora arrancado artísticamente del Código fundamental para introducir furtivamente el antiguo espíritu expulsado.

De la Constitución hablamos: de esa desdichada señora, en cuyas aras prestan juramento de fidelidad los monarcas antes de ser coronados; los ministros, antes de ser posesionados de sus carteras; los generales y magistrados; los diputados y senadores; en fin, todo ese ejército que compone lo que llamamos Estado y encarnación jurídica de la personalidad española.

Y ahí tenéis esta Constitución, sufriendo tantas afrentas cuantas son las palpitaciones de la vida nacional; afrentas de todas las leyes, códigos, reglamentos y usanzas que fuera de la Constitución son nada, y cuyos actos á ella contrarios debieran llamarse delitos, en vez de llamarse artículos, reales órdenes, decretos y sentencias, y que, desde este punto de mira, hacen de la vida oficial española una delincuencia continua, viciosa en su origen y criminal en su tendencia. ¿Qué vale el juramento aquel, si luego se halla cumplido solamente con perjurios? Y

¿cómo podrá hablar de moralidad un Estado que en cuarenta años no ha tenido entendimiento, ni voluntad, ni tiempo, ni pensamiento de concordar y armonizar con el credo sustancial y fundamental del Derecho, las leyes, códigos y reglas de él derivadas?

Examiné sobre la práctica lo que de la Constitución se cumple, y lo que se traspasa, y hallaremos esta conclusión: la Constitución es la última ley del Estado: la que se invoca como supletoria de los demás principios de gobierno.

No existe en España una Liga nacional para la defensa de la Constitución.

Las Cámaras no se ocupan de descubrir y menos de castigar sus transgresiones; y en todo caso las sancionan y coonestan. La Constitución está huérfana.

¿Y qué diremos del Concordato?

Lleva sesenta y tres años de promulgado y firmado por las gentes contratantes.

El Papa no ha tenido tiempo de cumplir sus compromisos: su juramento de respetar las regalias españolas ha sido sistemáticamente burlado y combatido: el regalismo, que fué el catolicismo oficial de España, el único aceptado, el único tolerado, el único legal, ese catolicismo ha sido sacrificado y suplantado por el papiseismo; las funciones soberanas que el rey de España ejercía sobre las personas y cosas de la Iglesia, han sido usurpadas por el Papa, que se ha entronizado como rey, en las costumbres eclesiásticas, en las aulas, y en las ciencias. Lo que fué delito contra la patria y contra la Corona, se pone ahora como servicio y mérito ante los gobiernos: el Concordato ha sido la argolla puesta al Estado por el Papa, cuando era la argolla puesta al Papa por el Estado. De la Iglesia esclava en el Estado libre, que era la Monarquía absoluta, hemos pasado al término inverso: el Estado esclavo de la Iglesia libre: de la Iglesia inasequible, irresponsable, sustraída á la acción de la patria y de la nación; manejada por un soberano extranjero, parapetado detrás de las leyes de garantías, sin territorio que perder por indemnizar los daños de sus fraudes; sin cabeza con qué pagar al cadalso los crímenes contra la justicia.

Y así estamos, en plena anarquía y en plena demagogia: no nación, sino feudo; no personas, sino colonos. Colonia romana y eclesiástica, bajo el imperio de mandarines demagogos.

LO PRIMERO...

¿Está dispuesto el pueblo español á tolerar indefinidamente tal estado de cosas y de personas? En caso afirmativo, ¿á qué luchar y predicar y gritar á sordos que no quieren oír?

Pero, si el español no es un animal intermedio entre la bestia y el hombre; si políticamente no quiere ser el pilecantropo de Hackel y de Darwin, con fisiología de hombre y con mimica de bruto; si no se resigna á ser paria y pretende ser ciudadano, es forzoso, es urgente, es



irremisible que el Juan Soldado y el Juan Lanas recapacite sobre el papel que está haciendo en la política y que reconozca en su fisonomía humana el derecho á ser tratado de modo distinto de la bestia; y urge y es irremisible que aprenda á cuadrarse ante todos los poderes y se yerga ante toda iniquidad y disponga los puños contra todo tramposo.

Y ahora, en este período de preparación de elecciones, urge que los juanes de todos los campos se decidan á imponer su programa á sus candidatos, exigiéndoles firmar en blanco la dimisión de las actas á la primera transgresión que cometan, y este programa del pueblo y del ciudadano, del paria que quiere dejar de serlo, ha de ser terminante é inexorable.

De arriba abajo ha venido la ruina total de la nación; de abajo arriba ha de venir la redención.

Mientras esto no se haga... seguirá la trampa; la Constitución servirá para mantener las gentes del Estado, el Concordato, para mantener las gentes de la Iglesia, y ambas seguirán envileciendo á esta patria sin personalidad civil y sin orden jurídico.

S. PEY ORDEIX

## Cosas del reformismo

### ¡Ciudadanos, no empujar!

Aún no sabe el reformismo si llegará á gobernar algún día y ya pide benevolencia á las izquierdas. Si tal partido ansia el Poder como todos, para «estar», se explica la demanda; si de veras le quiere para «hacer», lo peor que podría ocurrir es dar con unas izquierdas anodinas y sensatas, y pase el pleonismo.

En la política española—¡el mismo D. Melquíades está seguro de venir al Parlamento por la voluntad de sus conciudadanos y no por una vil parodia!—El apoyo y la tolerancia son una torpeza de quien las solicita y de quien las concede, mientras que el empujón y la intolerancia son un bien para quien los recibe y para quien los da.

Cuatro años ocupó el Poder el partido liberal; en materias obreras no hizo lo que anunció; en cambio el empujón, la intransigencia de obreros en huelga en Vizcaya y en Cataluña le obligó á promulgar leyes y resoluciones, que no serían aun con el sistema letal, idiota, suicida de benevolencias.

No de ahora, sino desde hace medio siglo, en todos los programas de gobierno, en todos los mensajes á los infinitos parlamentos—digámoslo así, porque este régimen nuestro de mentira total aún no tiene nombre—figuran las reformas obreras; pues mientras los obreros fueron buenos muchachos, ningún gobierno se acordó de lo prometido, salvo crear chirimollos que estudiaran. Mas cuando estos obreros movieron huelgas ruidosas, no se casaron con nadie, fueron, en suma, un peligro de perturbación, las reformas vinieron.

En todas partes es necesaria una izquierda inquieta, insaciable, profundamente subversiva, violenta y desenfrenadamente radical y aun demagógica; en España lo es muchísimo más que en cualquiera de los países de régimen parlamentario verdad y no de farsa total como en este nuestro.

El reformismo aspira al Poder. Enhorabuena. Pero ¿piensa lograrle en calidad de reformismo ó en calidad de «adormidera»?

Si lo primero, sus más vehementes deseos han de ser encontrar unas izquierdas intratables y hasta bárbaras á las que nada sacie. Será el medio de que las reformas no sean de mera fachada y simple apariencia, será el modo único de que sean verdadera y esencialmente radicales.

Si lo segundo... Entonces bien está la petición de benevolencia, el «ciudadanos, no empujar» clásico. Pero entonces el reformismo es, ó será, un conglomerado más de hombres que hacen oficio de la política, que van á ocupar puestos y repartir credenciales y á servir á los amigos.

Si el reformismo está seguro de su razón, convencido de su potencia reformadora, confiado en sí mismo, con estas cualidades le basta para pelear, ganar adeptos y conquistar el poder—no descaudando, claro está, eso de remover alcaldes y ayuntamientos y preparar las elecciones.—Y aun para esto le es útil la salvatiquería de las izquierdas y la fuerza de ellas, porque así el reformismo puede ser un día la salvación del régimen.

Ahora, si, como presumimos, no hay nada de eso—al menos en el jefe—se explica la llamada á las izquierdas.

Lo que no tendría explicación sería que las izquierdas amainasen, en efecto, en lo de empujar, exigir, reclamar y no transigrir.

### Arquitrabes marxistas

D. Melquíades Alvarez se ha empeñado en demostrar que respecto del marxismo continúa tan pobre de nociones como cuando despotricaba en un semanario ovetense y teníamos el honor de pillarle los dedos.

Este Sr. Alvarez nos ha hecho saber en Albacete por qué el reformismo no es marxista; véase la clase: no creemos que «el ideal de la organización futura sea la forma colectivista», no estamos conformes con el marxismo «en que la lucha de clases sea la norma perenne de la vida social».

Aparte algunas sonoras ranciedades de menor cuantía, esto dice un extracto autorizado, casi oficial, del discurso de Albacete; y, la verdad, si no tiene otras razones para ello, el reformismo puede ser marxista sin el menor escrúpulo, porque nunca en parte alguna dijo Marx, ni insinuó ni dejó entrever que la forma colectivista fuese el ideal de la organización futura, ni ningún marxista apadrina ese soberanismo adefesio de la lucha de clases como «norma perenne».

Si yo fuera rico me atrevería á señalar

un premio de cien mil duros á quien, textos en mano, probase que esos desatinos que el Sr. Alvarez le cuelga á Marx, constan ó pueden deducirse lógicamente de algún escrito del gran renovador; y tan cierto como todos hemos de morir, es que no habría á quien dar el premio.

Todo el marxismo, lo fundamental, lo que es esencia, está en el *Manifiesto comunista*,—«comunista», no «colectivista»,—y este *Manifiesto*—lo hay en castellano, Sr. Alvarez—se lee en un par de horas, y aun en una, si se lee rápidamente, «por encima», como suelen hacer los prohombres políticos, y más si van para presidentes del Consejo.

Pues esa lectura, aún realizada así, á uso de prohombre, le evitaría á D. Melquíades las ocasiones de quedar malamente, de decir lo que llamamos tontearias los no parlamentarios.

Marx, que fundamentalmente era un hombre de ciencia, no prejuzga, ni dogmatiza, ni construye artificialmente; ve los hechos, los estudia, señala antinomias; por el sentido de la evolución económica, prevee. Social la producción é individual la apropiación—y aquí está todo el problema—Marx anuncia «científicamente»—no predica, ni declara—que la contradicción se resolverá siendo también social la apropiación. ¿Cómo? Pues yendo á la Sociedad toda los medios de producción y de cambio no individuales. Por esto los programas de los partidos marxistas hablan de apropiación «colectiva, social ó común», sin hacer hincapié en ninguno de los adjetivos.

Y como parece que ahora lee D. Melquíades algo más de Jaurés que parráfillos aislados, traducidos por *Las Dominicales*, aún con la poca atención que caracteriza á casi todos los políticos, habrá observado que ese grande hombre no habla de colectivismo y sí de comunismo.

Es más, hasta los belgas—ciertos belgas, y Guesde, colectivistas, no consideran su sistema sino como cosa transitoria y contingente. Ahora, que como en esta España nuestra vivimos de traducciones, todos hemos hinchado un poco ese perro, cuya paternidad hay que atribuir, no á Marx, sino á De Paepe y Guesde.

¡Pero señor, si hubo un tiempo en que por sus adversarios de la Internacional se acusaba á los marxistas de «comunistas» ¡es que ni aún esto sabe el mentado Sr. Alvarez! ¡Pues está fresco!

Atento siempre á los hechos, y nada más que á los hechos—si los vió é interpretó bien ó mal, ello no dice nada en este caso—, Marx estimó como eje de la historia la lucha de clases; pero como la apropiación social de la producción social supone necesariamente una sola clase, la clase obrera, los trabajadores, pues la lucha deja de existir, porque no puede haber lucha de clases donde no hay ya clases; así que la «norma perenne» está en la imaginación del Sr. Alvarez...

El Espíritu Santo, convertido en lenguas de fuego, bajó una vez á la cabeza



de los apóstoles; no hay noticia de que haya vuelto á bajar. Desde aquella fecha, ya remota, para saber las cosas hay que estudiarlas; y no ya los simples mortales, sino ni aún los sublimes oradores que van para presidentes del Consejo, se libran de esta regla.

Comprendemos que esto es muy desagradable; pero, en fin, algo común habíamos de tener los oscuros con los «brillantes» é ilustres.

J. J. MORATO

### Consorcios imposibles

## Los jóvenes y los viejos

Esta es la voz que sale, estremecida de indignación, de nuestras profundidades; este es el grito ronco, exténtoro, que lanzan las tres Furias infernales por el cañón de nuestra garganta; este es el trueno; este es el clarín de nuestra protesta y de nuestro anatema.

Que nos oigan los próceres, los quírites, los primates, los optimates, los padres conscriptos del republicanismo. Que nos oiga el pueblo una vez, ya que tantas ha prestado atención á sus embaucadores. Que nos oigan los viejos, si en el desastre y en el cataclismo de su dementación y de su desmemoramiento les ha quedado en pie algún rudimento de inteligencia racional. Que nos oigan los jóvenes en cuya alma pegamos hoy estos badajazos broncíneos, estos apocalípticos aldabonazos. Que nos oiga toda España, para que en el corazón de la patria resuenen nuestros golpes como en un tambor que es sacudiendo con gran fuerza.

Vamos á coger á los hombres por las orillas de su manto ó por la solapa de la chaqueta para que no se nos escapen, y les vamos á hablar un lenguaje rudo, retador, agresivo. Vamos á parar á los jefes de los partidos republicanos en su carrera de desenfrenos y de locura, y les vamos á «cantar» la verdad, esa verdad que ha dicho en uno de sus sermones Massillon, que es tan odiosa á los grandes y que nunca llega á sus oídos embotados por las adulaciones y por las lisonjas.

Que nos oigan exigimos de nuevo.

Decididamente á los republicanos españoles nos ha abandonado Dios y nos ha puesto en manos de no sé qué genios malignos. Parece que por encima de nuestra cabeza no pasan años: conservamos en ella, como en nuestros mejores días, el pelo basto y lanoso de nuestra ignorancia. No estamos aún convencidos de la esterilidad y de la inutilidad de las uniones republicanas. Necesitamos una nueva lección, un nuevo experimento. Y las cumbres de col y los ilustres melocotones y las lumbreras de yesca de nuestro partido se disponen á aglomerarse, á amontonarse otra vez. Ellos no pierden nada. Al contrario; cuanto más se agitan las aguas y cuanto más altas suban las olas, más subarán ellos. Como están huecos, como pesan poco, como son de madera ó de corcho, siempre sobrenadan, siempre quedan encima.

Y he aquí que esos Varos que han perdido sus legiones, esos París afeminados que han huído vergonzosamente delante

del enemigo, esos Viriatos que se han echado á dormir y se han dejado sorprender en su tienda, esos magistrados consulares que no han sabido morir como Paulo Emilio en el campo de batalla, esos tribunos que han tenido miedo que se les clavara en el pecho el puñal que mató á los Gracos, esos Darfos, esos Tigranes á quienes los Pompeyos y los Alejandro les han arrebatado la familia para adornar sus carrozas de triunfo, esos cobardes dignos de ser metidos como Bayaceto en una jaula y de servir de estribo á la pata dominadora del vencedor, esos Ganelones, esos Opas siniestros y esos miserables Damouriez, que han dado oídos á las sirenas del soborno y de la traición y que están para pasarse al otro bando, esos Bizaines que han capitulado cien veces ignominiosamente, esos Stoessels que no han sabido hacer de Puerto Arturo una Numancia, quieren capitanearnos de nuevo, ponerse al frente nuestro en los combates que se avecinan.

Y esos viejos que como Abraham están dispuestos á levantar en cualquier instante su cuchilla sobre nuestro cuello, esos viejos que como Noé se han sometido al poder del vino y nos han mostrado la miseria de su desnudez, esos viejos que como San José le han creído á la mujer la fábula de una preñez divina, esos viejos que como Saúl llevan sus ambiciones de dominio hasta la demencia, esos viejos libricos que porque han visto la frescura de la carne de Susana cuando ésta salía del baño han sentido en el corral de sus entrañas un estremecimiento senil, esos viejos esqueléticos que se encorvan hacia la tumba y que cuando andan hacen un terrible ruido de huesos, quieren juntarse con nosotros, con nosotros que tenemos el cuerpo caliente como un beefsteak y que estamos llenos de vida inquieta, hormigosa y petulante.

¿Híse visto nunca desfachatez como la de los primeros y perversidad como la de los segundos?

Para llevar á cabo la inmoral unión desempolvando los gastados clichés de sus discursos, los sobados discursos que todo el mundo sabe de memoria; y exhiben sus programas, aquellos programas arcáicos arreglados con ranciedades como nuestro cocido, merados como ese café que se vende por las calles á toque de trompeta, vacío como nuestro portamonedas, como los ribetes más averiados que los de nuestro pantalón, y de más mal pasar que el rancho que nos daban en la cárcel; y agitan sus banderas desarmadas, esas banderas de percal descolorido y clorótico, esas banderas sucias como el faldón trasero de nuestra camisa, esas banderas que producen menos entusiasmos que el estandarte de una procesión ó el pendoncete de señales de un tranvía.

Y ¿qué se proponen con esos juegos florales de unificación, con ese coso blanco, con ese carnaval romano de conjunciones y de solidaridades y de refundiciones, con esos abrazos de Vergara, con esas treguas de Dios que se nos aconsejan y nos ponderan? Ya conocemos á esos viejos saniosos que quieren inocularnos sus taras, su venéreo, sus gonorreas, su debilidad genital. Ya conocemos á esos jefes que porque les ha desertado la hueste buscan la manera de hacerse ó de fingirse una nueva para que no se les vea en la

soledad forzosa á que por su culpa se ven condenados.

Pero, ¡ah!... Que les han brotado nuevos retoños á los cedros del Líbano y á las encinas del Gárgaro y á los robles de los montes Acroceraunios; que los hijos de Príamo salen ya solos con las armas al campo y no necesitan de la tutela de su progenitor; que Eneas empieza á cansarse de llevar á su padre á cuevas y prefiere acompañar de la mano á Julo, su primogénito; que los hijos de Jacob saben ya llevar los rebaños á los pastos y van á cargar los camellos de trigo á Egipto sin necesidad de que el anciano patriarca bendiga sus viajes.

El fuego que guardan las nuevas vestales no es para que se calienten las manos esos dioses de hielo. Las doncellas de Israel no han de servir para reanimar los cuerpos yertos de sus reyes. No, no es Vulcano, el dios cojo y tiznado, el que debe gozar á Venus, sino Arés, el de la impenetrable coraza y el del refulgente escudo.

¿Qué hacer, pues, con unos payasos que salen á las tablas y no saben hilarar y promover risas, con unos cómicos que no aciertan á desempeñar su papel, con unos cavadores que se dejan caer la azada de las manos, con unos herreros que no tienen energías para levantar el martillo, con unos labradores que carecen de fuerza para empuñar la esteva del arado, con unos aurigas que no pueden mantener tirantes las riendas, con unos jineteros que vacilan y bailan sobre la espina dorsal del caballo?

Lo que hay que hacer es mandar los viejos al cementerio ó al mosocomio y obligar á los fracasados á la jubilación, al retiro, á que nos hagan ver su detrás.

No, no queremos desposarnos con vejastorios; no queremos novios calvos ó de pelo blanco á quienes les caiga la baba y les tiemble la voz; no queremos que nuestro cuerpo robusto y hermoso sirva de pábulo á una repugnante lascivia; no queremos vender nuestra virginidad á cambio de una protección oprobiosa; no queremos entrar en un lecho en el que se ha acostado todo María Santísima.

Para casarnos necesitamos jóvenes como nosotros, á fin de que nuestras uniones sean fecundas; necesitamos mozos de cuyos flancos se pueda sacar carbón como de los de una montaña, se pueda sacar chorros de agua pura como de una roca, se pueda sacar miel, se pueda sacar leche; necesitamos doncellas que puedan llevar el cántaro á la cabeza, que puedan desarrollar en sus entrañas los gérmenes de hombres que nosotros llevamos en las nuestras, que puedan criar á sus pechos nuestros cachorros.

Nada de besar bocas sin dientes, nada de abrazarnos con momias, nada de jugar con la muerte.

Por otra parte, no hemos de arrancar nosotros á los atascados del atolladero en que se hallan; no hemos de reparar nosotros su fracaso. Dejémosles que se hundan en la nada, de la que jamás debieron salir; dejémosles que se desplome sobre su cabeza el peso ingente de sus errores; dejémosles que desaparezcan por escotillón y que se disipen como un humo vano.

Jóvenes, seamos implacables. Abramos una fosa bien ancha y bien honda para en



terror á esos hombres. Hagámosles desde lejos con la mano la señal del adiós eterno. Enseñémosles la longitud de nuestras espaldas. Tomemos caminos opuestos para que no nos encontremos más.

Y preparemos las trojes y los algarines. Porque nuestra alma rebosa del grano de las cosechas nuevas.

ANGEL SAMBLANCAT

Si yo tuviere el talento y la cultura de Samblancat, hace tiempo que hubiese escrito un artículo parecido á ese. Por que pensar y sentir todo lo que en él se dice, lo he pensado y lo he sentido muchas veces.

Cuando leo estos escritos briosos, demolidores, iconoclastas, de algunos muchachos de los que comienzan, se ahuyentan de mi cerebro las sombras de pesimismo que á pesar mío lo invaden á ratos, y me digo: «Toda buena semilla fructifica. Los jóvenes de este temple realizarán la obra que yo he iniciado. Y como valen más, conseguirán más que yo».

¡Adelante, jóvenes, adelante! La que os precede, ha sido la generación del acomodamiento: sea la vuestra la de la protesta. ¡La protesta! ¡Única palabra redentora! Ella ha hecho la civilización, al hacer el hombre. El Adán bíblico no fué más que el macho de la especie.

¡Adelante, si! Derribad ídolos: los de barro, como los de oro. Demoled ruinas: las de ladrillo, como las de marmol. Todos los ídolos limitan la acción. Todas las ruinas albergan reptiles.

Estáis llamados á realizar la gran obra. Os admiro y os envidio.

## La vejez de Calleja

### ¿Qué hacemos?

Patricio Calleja es como uno de esos gloriosos veteranos de los ejércitos que vencieron en mil lides, y que luego á la hora final de la senectud descansan sobre sus laureles, entre el cariño y la admiración de todos, pensionados para que puedan vivir con holgura, considerándose como una carga de justicia.

Sólo que lo único cierto es que el anciano luchador, si es para todos los que le conocemos objeto de veneración y afecto, no es para la mayoría ignara ni siquiera un «conocido».

Escuchad, ¡oh, imbéciles!, lo que decía «El Resumen», diario monárquico, en su editorial ó «fondo» del día 8 de Octubre de 1887:

«Trece reconocimientos en su casa, reuniendo los actos de su vida, cinco prisiones, una sentencia de muerte, tres umigraciones y de 28 á 30.000 duros, que constituyen su fortuna, ganada honradamente con su trabajo, perdidor.

Este es el resumen de la historia, y hay en ella luchas en la calle del Lobo con las tropas el año 48, luchas el año 54 y 56, y luchas el 22 de Junio de 1866.

Esto es verdaderamente heroico, y leyéndolo no se puede menos de sentir profunda admiración hacia aquellos hombres, hacia su fe y entusiasmo por la idea, hacia su viril y etérea entereza.»

¡Pues bien; el partido republicano español, los hombres de ideas avanzadas de España, han hecho tan poco por este viejecito que debía ser para todos como una reliquia, que Patricio Calleja está expuesto á todas las inclemencias y á todas las necesidades.

En vano he implorado yo, é inutil ha sido el ruego de otros amigos.

Nada producen las suscripciones, y nada han hecho individualmente los influyentes y los poderosos.

Y como este es un caso de dignidad, mejor dicho, un deber colectivo, á los jefes, diputados, concejales, presidentes de Comités y de Circulos, me dirijo y les pido que por una vez siquiera oigan la voz de su conciencia y adopten una determinación que asegure á Calleja el pan y la tranquilidad de sus últimos días.

Así debe ser, como obligación de solidaridad humana, como premio á servicios prestados desinteresadamente, como estímulo y ejemplo ante la gente honrada y de corazón, y así lo espero yo en nombre de mi noble credulidad.

Al parecer, el ser humano está inclinado, naturalmente, al bien. En esto confío.

De lo contrario habrá que suponer que el republicanismo no es digno de haber tenido en su seno «hombres».

FRANCISCO ESCOLA

### El País

En nombre de *La Cruz Roja Republicana*, ruego á Calleja que se digne aceptar cien pesetas, mientras los que se han elevado ó enriquecido con el republicanismo, acuerdan... que siga muriéndose de hambre por haber practicado sin ofrecerlo, lo que ellos han ofrecido tantas veces sin practicarlo.

### Un libro de Pey Ordeix

## “La historia de San Ignacio”

Muchos de nuestros lectores no habrán olvidado, porque en estas columnas más de una vez se ha dicho, que D. Segismundo Pey Ordeix, peritísimo en investigaciones histórico-religiosas y especialmente aficionado á las referentes á los jesuitas, por el mucho cariño que les profesa, tenía escrita y concluida una verdadera historia documentada de San Ignacio de Loyola.

Mucho tiempo y ruda labor empleó el Sr. Pey en archivos, bibliotecas y demás panteones de la Historia, hasta dar con el filón ó veta que algunos años antes atisbara con barruntos muy seductores para su afición. Al cabo tropezó con el camino, lo siguió y... consiguió encontrar al verdadero San Ignacio de Loyola, no al que nos presentan los jesuitas, distinto en cada época, según les conviene y ya el padre Mir hizo notar en su «Barrido».

Estos trabajos marchaban poco más ó menos á la par de los que hacía el referido padre Mir para su «Historia interna documentada de la Compañía de Jesús»,

sólo que Mir apuntaba á los jesuitas sin olvidar al fundador, y Pey se iba derecho al bulto de éste, por una pista que había descubierto y que Mir ni aun hubiera soñado, porque la mayor parte de la documentación que estudiaba la tenían los jesuitas, muy ricos en ese género de testimonios y en los que honran de uno ú otro á San Ignacio; los otros, si los poseen, ocultos bajo siete estadios de tierra se hallarán, si no es que los han destruido.

La pista de Pey era en cierto modo civil; el Archivo Nacional y otros que pertenecen al Estado; en ellos se guarda gran parte de lo procedente de las Inquisiciones españolas que no poco tuvieron que entender con el llamado San Ignacio. Por eso los jesuitas tanto se han cuidado de huronear en esos papeles para hacer, como lo consiguieron, que desaparecieran los que les podrían perjudicar.

Pero destruirlos todos no les fué posible, y no por falta de facilidades é impunidad, sino porque ni aun conocieron la existencia de muchos de ellos; se les escaparon mezclados con otros; y además, en muchos que trataban de asuntos extraños á la Compañía, precisamente radicaban testimonios aplastantes para ella; ¿cómo adivinarlos?

Esta ha sido la labor pacienzuda de Pey, desde que atisbó el sendero que luego siguió sin desalientos ni desesperanzas, durante algunos años de reunir materiales, copiar, fotografiar y luchar con los bibliotecarios, casi todos neos, que al fin se percataron de que Pey le buscaba el cuerpo á algo relacionado con jesuitas y avisaron á estos buenos padres: como si no.

¿El fruto? Muy pingüe: el San Ignacio verdad, tal como fué en vida; la evidencia de que ni se llamó Ignacio ni de Loyola, ni otros muchos nombres que usó, ni fué militar, ni justo, ni santo; pero sí perseguido por la Inquisición, por esa Inquisición que hoy los jesuitas tanto ensalzan y cuya infalibilidad proclaman. Ahora resulta que perseguido á su San Ignacio en concepto de hereje, que lo procesó, y que por fugitivo contumaz lo condenó á la hoguera, donde lo quemó en Alcalá de Henares, sólo en efígie, porque se había escapado y no logró capturarlo (1); los ignacianos verán si fué infalible la Inquisición entonces.

Esto es mucho, y curiosísimo el proceso para llegar á comprobarlo; pero hay otros puntos interesantísimos referentes á la verdadera ascendencia del Ignacio, á la condición y cualidades de cada uno de sus individuos, á las prendas y conducta, ¡qué conducta, de Ignacio, á sus verdade-

(1) Este artículo del amigo Ferrándiz es ruborizante. Después de las gracias que le debo, cumplo aquí poner una nota, de un suceso recientemente descubierto. A lo que creo, Ignacio se fugó de acuerdo con los Inquisidores, y como mal menor. La muerte civil era más llevadera que la muerte física. Este lance es de los más curiosos de la vida de Ignacio.



ros hechos, pensamientos, propósitos, trabajos, viajes, relaciones... Un mundo que se ignoraba, y con el que ahora si bien quedará la Compañía de Jesús en una situación comprometidísima, para remachar el clavo que le introdujo á golpe de maza el padre Mir; en cambio, la Historia se enriquecerá lo indecible; la humanidad sabrá hechos, cuyo conocimiento le interesa infinitamente y, andando el tiempo, á su hora, llegarán los efectos.

Para decirlo de una vez, basta consignar, que así como por obra de la «Historia interna» del padre Mir, la Compañía de Jesús ha muerto en el terreno del derecho eclesiástico y sólo falta que la Iglesia cumpla con su deber de suprimirla para siempre; el libro de Pey O. deix pondrá las cosas de manera, que se imponga, se haga riguroso hasta por decoro del catolicismo, borrar á San Ignacio de Loyola del calendario, retirar sus imágenes de los altares y prohibir que se le invoque.

Afortunadamente, esto puede hacerlo la Iglesia cuando lo juzgue necesario en virtud de pruebas decisivas, porque ella no es infalible, y así lo reconoce, en la canonización de los santos y se puede revotar cuando sea del caso respecto de cualquiera de ellos, cuya vida quede rectificada por nuevos datos irrecusables, que es lo que forma el contenido del libro de Pey.

Se llamará, según creo. «La resurrección de San Ignacio de Loyola», porque lo presentará al vivo frente á la momia falseada, remendada que los jesuitas utilizan para embobar á la gente pladosa y crédula.

\*\*\*

Encuentro muy aceptable la determinación de publicar este libro por entregas ya que, como es tanta la servil independencia, tanto el tímido valor, tan grande el necio talento del comercio español de libros, ningún editor ha querido aceptar éste, de Pey; todos han tenido el más esforzado miedo á la Compañía de Jesús, que no vale nada, ni puede nada más que entre los malos y necios.

Bien: ¡á la publicación por entregas! forma olvidada, que debe reaparecer y popularizarse de nuevo, porque entraña muchas ventajas, y hoy quién sabe si para muchos autores y no pocos intentos literarios, podría resultar una solución redentora.

Este precioso libro, editado como conviene á su importancia, con fotografías de sus documentos más notables y de otras cosas interesantes que exigen el auxilio gráfico, indudablemente alcanzará éxito, al que todo buen liberal culto debe contribuir y espero que así lo hará. El que suscribe ha sido de los primeros en hacerse poner en la lista de los abonados.

Por entregas de treinta y dos páginas, al precio de un real (menos de un céntimo la página), en reparto de tres mensualidades (75 céntimos las 96 páginas de la primera), empezará á publicarse, á pa-

sar de todos los jesuitas del mundo, el día 10 de Enero próximo.

Dirigirse por correo para hacer las suscripciones á D. Enlío González. Madrid, apartado de Correos 579.

De esta obra iré dando cuenta aquí, al paso que la conozca y pueda forma acerca de ella exacto juicio.

JOSE FERRANDIZ

(De El Radical).

## Ruiz Morales

Aun siento el escalofrío de su mano sudosa al estrecharla por última vez cuando le visité el día antes de partir para Madrid. Yo le animaba obligándole á callar y contándole peripécias de la política radical, en aquellos días de las conferencias en la Casa del Pueblo.

No le dije que me venía á pasar las vacaciones, porque penetrado de su próximo fin, le habría procurado un renuevo de la conciencia de su mal.

Y le hablé de Granada, de su pueblo natal en aquella provincia; del estado del partido republicano en nuestra querida Andalucía, donde apenas si levanta cabeza tal cual pueblo contra el cacique brutal, el alcalde desaprensivo, el rico omnipotente, el vanidoso engreído á sueldo del señor, como gentilhombre de casa y boca del maguato; á quien se plegan los ridículos mandarinés sin pulor, que mientras no les compraron eran enemigos del amo y que en cuanto se vendieron lamieron como perros el látigo con que antes les fastigaron. De todo esto hablábamos y brillaban sus ojos con centelleos de indignación. Y luego, le refería escenas interesantes andaluzas, que le hacían sonreír placidamente como si contemplase el bello perfil de Sierra Nevada y la espléndida vega granadina, á donde trasladaba su imaginación, evocando yo en su espíritu el recuerdo de hombres y de cosas, de tipos y paisajes.

Luego, de no convenirme hablar, vino la cruel advertencia que la medicina le imponía de que no le convenía que se le hablase... Se apagaba aquella inteligencia lucidísima, aquel espíritu sereno y ecuaníme, sólo perturbado cuando las exaltaciones de la pasión lo descentraban.

Siempre leal, siempre afable, siempre optimista y confiado, su conversación dejaba en el ánimo del interlocutor un sedimento de buen sentido, que confortaba el pensamiento. ¡Cómo recuerdo sus visitas en la semana sangrienta y en las de la represión!

Pobre amigo, pobre convaleciente mío de San Gervasio! Dejé tras de mí la estela de un buen ejemplo para el Partido Radical; modesto, sencillito, humilde, te llevaron los correligionarios á la Casa de la Ciudad, y mueres misero, después de una vida austera, sin lamentos de tu pobreza, ni alardes de humildad de bien.

Por tu habitual instinto en huir de los sitios iluminados, y de los puestos cal-

minantes, ignoran muchas gentes todas las cosas buenas que llevaste á cabo como concejal, como periodista, como ciudadano, como hombre.

Barcelona te honró con una representación popular, como hace siempre generosa con quienes bien la quieren y bien la sirven. Que sepa tu Baza, que sepa tu Granada, que has correspondido al honor con honor intachable, saldando tu cuenta fielmente.

Sé que estas líneas son expresión del sentir de cuantos le conocieron y estimaron. Lo que lamento es que ellas no sean bastante elocuentes, para pintar nuestro dolor, y retratar la triste y perenne melancolía con que habremos de recordar al buen amigo, al entrañable correligionario.

H. GINER DE LOS RÍOS

Madrid y Diciembre de 1918.

Hermoso y sentido tributo á Ruiz Morales. Por esto lo transcribo.

Otra sería la situación del partido republicano, en Barcelona y en otras poblaciones, si de todo diputado ó jefe que fuera desaparecieran, pudiera decirse con justicia lo que Hermenegildo Giner dice de Ruiz Morales.

## IHS-INRI

Ecce Homo. No me fastigue el amigo Biquero, por haber añadido una coma á esa frasecilla del excelentísimo señor Pilatos, presidente del Tribunal Supremo de Jerusalén. El dijo Ecce Homo. ¡Ahí tenéis al hombre!... hecho una lástima...

Y con la coma, cambia el sentido de la frase para significar esto otro: Hombre... mira... ahí lo tienes...

¿El qué?... Pues... ¡vaya!... el frato de dos mil años de cristianismo... que han costado á España cien mil millones de pesetejas centuplicados... Todo para qué?

Para esto que vas á ver en el Paseo de Alberto Aguilera, frente al número 25, donde hay un IHS á la puerta que da envidia. No el IHS, precisamente, que es diminuto y ruin, á más no poder; sino al soberbio edificio que domina al palacio de los reyes, y desde cuyas ventanas los padres jesuitas puden, si quieren, hacerse señas con las camareras y damas del servicio palatino, confesándose ellas por señas y dándose por igual medio ellos la absolución.

¡Ahí lo tienes: IHS... que significa: «aquí está el ojo» millonario; que el Marqués de Vallejo ganó en 1901 con sus trasladores y con el trasalor de los negros de sus ingenios. Para eso su larca agua y sangre los negros, en cuyas espaldas cayó el más azote que los setenta mil que recibió Cristo en la columna; y que salieron más que Cristo en Ginebra, y derramaron más sangre que Cristo en la cruz. Para eso, ¡IHS!... ¡apread: á pronunciarlo lector; ¡ibid!... para eso, ¡ibid!... como quien dice, «¿entiendes?... para eso su larca sangre y agua los negros y parieron las negritas sus milces... y para



eso el pobre Marqués de Vallejo se rascó el cerebro y vió manejar el látigo á sus capataces... ¡Para eso! ¿Ihs? Para que estos otros negros jesuitas se refocilen en fiestas, danzas y espectáculos y sean admirados de toda la aristocracia madrileña... ¡IHS!... ¿Entiendes? Y para eso vino Cristo del alto cielo á ser sacrificado en la tierra... ¡Ecce, Homol... Aprende, bragazas...

\*\*\*

¿Ves?... Ves la niebla de la helada noche de invierno? ¿Ves debajo de aquel farol un montón de cosas, y un bulto que se mueve?

Aquel montón no es el arca del Dinero de San Pedro. Ni siquiera el montón de títulos bancarlos de los Padres jesuitas. Ni aquel bulto es el rector del Colegio... ¿En qué lo conozco? ¡Lo juraría sin mas que ver la niebla húmeda, la noche cruel, el frío helador... á los padres habría de buscárcelos en el salón confortable de la Duquesa, ó al arrimo de la alegre chimenea... *Ecce... jesuita...*

Allí estará el jesuita apostólico, mortificado, humilde, castísimo y renegado del mundo... abrazado á la cruz de Cristo... y á la bolsa de Vallejo; allí... *jecce...*

Pues ¿quién será el bruto animal que en esta noche de lobos se agita entre la niebla, y da miedo á las sombras y se abraza al frío?...

Pues... ¿quién ha de ser, bragazas que me lees, sino un bárbaro que no quiso ser Jesuita... y por esto no heredó al marqués de Vallejo, y por esto ha tenido que pasar el día trabajando como condenado, y al regresar á su casa, ha visto lo bueno que es el cristianismo.

Las obras de misericordia de la Nación católica; la santidad del Culto y Clero, los millones de San Pedro, de San Pablo y de San Cacafate, le han dicho...  
—¡IHS!...

Qué quiere decir:

—¿A dónde vas, botarate?...

Esto no se lo dice el jesuita, sino el municipal de punto, que sirva á los jesuitas.

—A ver á mis hijitos y á mi mujer...

—¡Volaverunt...—le replica el municipal.

—¿Cómo... qué ha pasado? ¿Es que vinieron las aves del cielo y los devoraron como al casto José en la cisterna? ¿O acaso los apóstoles de Jesús, mis vecinos, vinieron de noche á quitarles del misero cuchitril para llevarles á sus excelentes cámaras?...

—¡Volaverunt... Quiero decir, que han sido echados á la calle... y ahí tienes en este montón los trastos... la máquina de coser de tu mujer, la cuna de tu pequeño, el camastro del santo matrimonio... y aún la estampita de la Sagrada Familia y este Cristo de yeso á quien se le ha caído el letrero de hojadelata, el INRI que tú puedes poner en la visera de la gorra si te parece... Quizás con este INRI te reconocerán como empleado en el *Crédit Lyónés* de los jesuitas, ó en el

Banco de la católica España, ó en el palacio episcopal...

Y el buen hombre se fué.

Fué llamando á las puertas de los conventos...

—¡Hermanol... ¡hermanal... como si no: todos le dijeron:

—No eres de la familia.

Fué á las parroquias, al obispado... ¡todo cerrado!...

—¡Padre... padrel...!

—A tu abuelo habrás de llamar—le dijo un sereno compadecido de que malgastara el tiempo...

Se acordó de los santos...

—¡San Fermín de los Navarros! ¡San Luis... Santa Quiteria... Virgen de la Almodena...

—¡Como si no hubiera dicho nadal

Por fin, le acadió á la mente una idea: el Cristo de Fuencarral.

Allí fué... Pegó su rostro á la rejilla...

—Qué frío, Santo Cristo...

¡Y nadal

—En la calle no se puede vivir, Señor...

Y más nada.

—¡Mi mujer y mis hijos!... ¡Dios mío todopoderoso, creador de ricos y de pobres, fabricante de templos vacíos y de conventos grandiosos!... Algunas de esas monedas...

Metió el brazo, y el vigilante sonó el pitó...

El bárbaro echó á correr...

Volvióse á hacer guardia á los muebles.

Y al amanecer, el sol leyó el INRI de su gorra y el IHS de los Jesuitas, y las campanas de las Iglesias y el clero todo exclamaron, entre bostezos de desesperamientos y frotamientos de manos:

—Cristo nació para nosotros... *aaorémosle...*

Aquel día el bárbaro aquel había pagado por consumos y demás impuestos, su tanto correspondiente al culto y clero y su tanto á la Beneficiencia provincial y municipal: había tomado la Bala, pero no pudo pagar al casero.

La casera salió de casa arrebujaada entre plumas y pieles. Llevaba una vela al glorioso San Antonio: iba á confesarse con el Padre jesuita y á pedirle el destino que daría á sus haciendas.

¡IHS... INRI!

¿Entiendes, lector? ¿No lo entiendes?... Yo tampoco. Es hebreo puro. Sólo lo entienden los judíos.

Pero á fe que el monumento jesuita de Vallejo parecía un escarnio.

¡Ihs!...

P. O.

## Fe con obsequio

En New York, el rector de una iglesia protestante ha ananciado que antes de cada sermón se servirá gratuitamente un banquete á todas las personas que asistan; todo para llamar público.

Ahí tienen los de aquí el secreto de llenar sus templos desiertos. Si esto hicie-

ran, habría que poner piquetes de infantería á la puerta para evitar la entrada por asalto de los creyentes, y policía en los tejados inmediatos para impedir que por los colindantes lo invadieran por arriba, á gatas ó en aeroplano.

Otro sacerdote de otra religión, tal vez la católica, ha dicho que á los fieles que concurran á su iglesia les permitirá fumar dentro de ella, para que estén más á gusto.

Lo que se prohíbe en los teatros, se ofrece ya como reclamo en la casa de Dios. ¡Y dicen que las religiones no son progresivas!

Aquí, en España no ha llegado aun el catolicismo á tanto; pero ya ha fundado círculos de obreros ortodoxos, á quienes le sirve de pago la cécula de comunión para tomar café. Ciudadano ha habido que se agenció cuatro céculas en un día y se puso de agua de castañas que fué una bendición.

Otro atractivo ofrecen algunos templos católicos de Madrid para los que se casan, y es ir desde el ara santa con las partículas del pan espiritual en la boca, á tomarse una barra de Viena con chocolate, ó un lunch por todo lo alto, ó un almuerzo de primera, en una habitación dentro del templo. Pero no gratis; hay que *cicatrizarlo* como en un café cualquiera.

Fuera de este detalle, veo que todas las religiones imitan ya á los periódicos que regalan cupones y á los pescaderos y ultramarinos que dan vales para atraer parroquianos.

Brutales eran aquellos tiempos en que Torquemada servía al público herejes asados, como hoy *Botín* cabritos, y Calvino achicharraba á Servet con la misma fruición que un cazador hambriento arroja á las brasas el conejo que acaba de cazar; pero hay que convenir en que no tenían el matiz ridículo y tendril de éstos.

Hay entre unos y otros tiempos la diferencia que entre el bandido y el usurero: ambos roban, pero el primero causa espanto siempre y admiración alguna vez, mientras el segundo inspira constantemente asco y desprecio.

## Poesías festivas anticlericales

TOMO SEGUNDO

PRECIO: UNA PSETA

## La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

## "Milagros comentados"

POR

José Nakens

PRECIO DOS PSETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.



# EL MOTIN



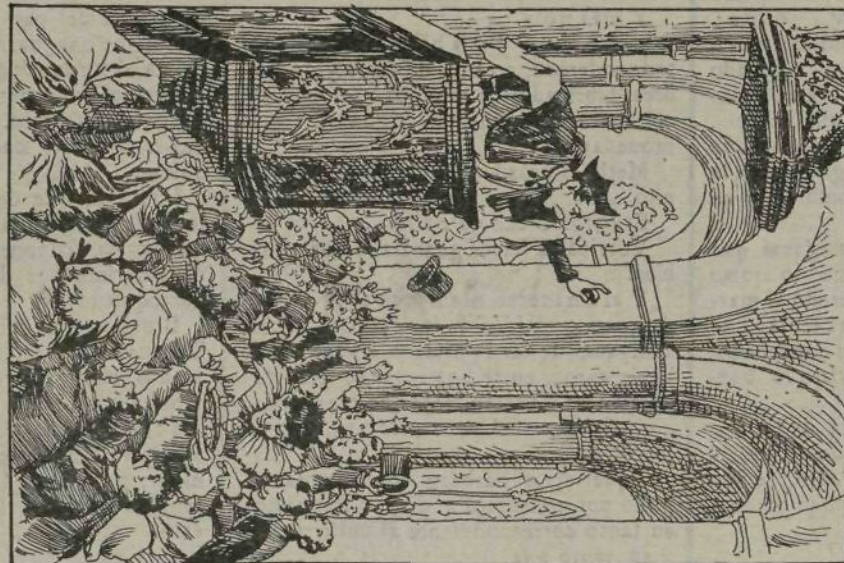
¿Dónde estás, Señora mía,—que no te duele mi mal?—O no lo sabes, Señora,—ó eres fal-  
ta en Krupp, 21 Mayo 1884.



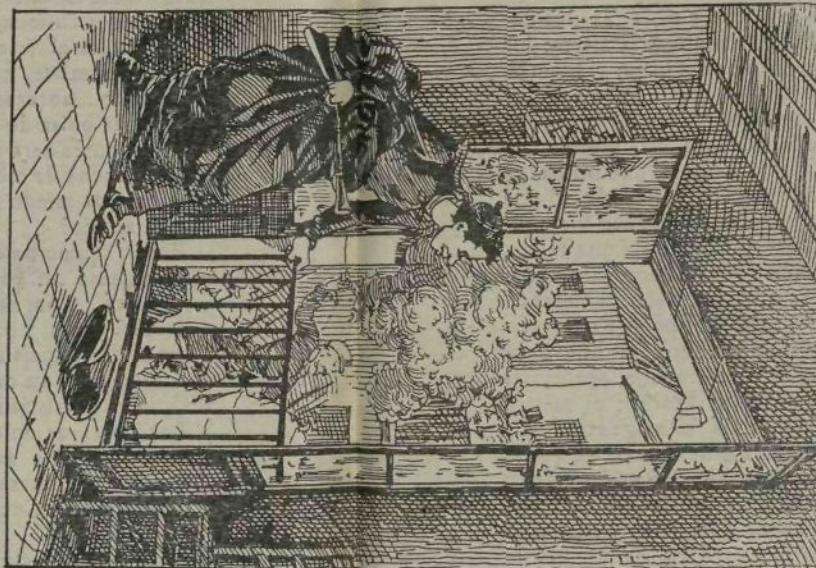
El Terso y sus huestes.—El Cañón Krupp, 16 Julio 1874.



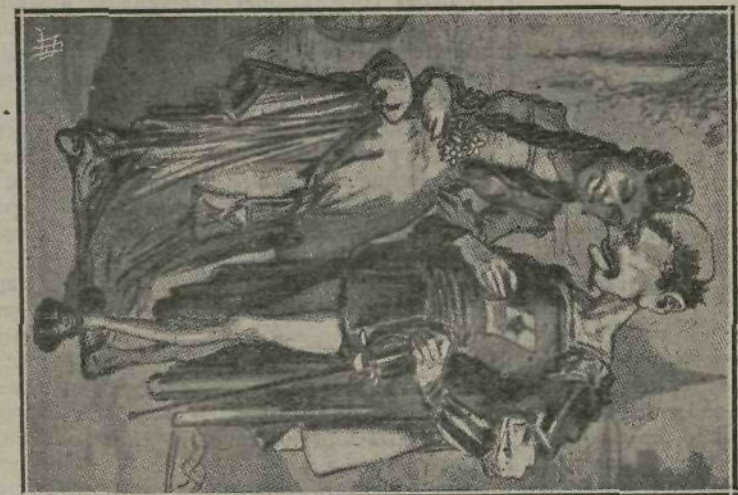
Fuñón de desagrazios.—La Flaca, 28 Mayo 1889.



Fuñón de desagrazios.—La Flaca, 2 Mayo 1889.



Fuñón de desagrazios.—La Flaca, 28 Mayo 1889.



La nueva Margarita.—El Cañón Krupp, 23 Julio 1874.



A pesar de abandonarle los suyos, permanece el Terso clavado en su sitio, durante  
los últimos combates.—El Cañón Krupp, 14 Mayo 1874.



Escándalo... Real.—El Cañón Krupp, 2 Julio 1874.



Hojas del árbol caídas—juguete del viento son.—Las ilusiones perdidas,—son hojas  
¡ay! desprendidas—del árbol del corazón.—El Cañón Krupp, 2 Junio 1874.

Otras nueve caricaturas de las sesenta que van en el Almanaque cómico del carlismo para 1914.



## Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

|                                    |         |
|------------------------------------|---------|
| Suma anterior .....                | 6010'38 |
| Jacinto Martín (Sevilla) .....     | 0'50    |
| Federico G. Murviedro (Udél) ..... | 5'00    |
| F. M. (Barcelona) .....            | 4'00    |

Suma y sigue..... 6019'88

## Culpas de los evangélicos

Pero ¿qué le han hecho á usted los protestantes, para que desde hace ya más de un par de años no perdona ocasión de fustigarlos?

Esta pregunta se me ha dirigido ya varias veces, la última recientemente y por persona que mucho estimo. La respuesta, allá va:

No critico á los protestantes de por acá, desde hace un bienio, sino de mucho más atrás; y cuanto á repugnarme, casi desde que los conocí me estomagaron, no porque me causaran daño alguno; la razón no es de orden personal, está en la conducta de esos señores.

Si no á mí particularmente, á la nación española, á la libertad, á la cultura y á la misma religión protestante que dicen que profesan, les vienen causando inmensos daños.

No soy protestante; eso ya lo habrán adivinado cuantos me leen ó me tratan; pero estoy muy lejos de ser hostil al protestantismo; tanto, que el motivo de mis censuras á los que aquí lo representan y dirigen, es que ellos no desempeñan como debieran su cometido; es que por culpas suyas no ha arraigado aquí ni acaso prosperará ya nunca la Reforma.

Y yo estoy convencido de que para nuestro adelanto por la vía de la civilización y de la libertad, necesitamos aquí un protestantismo robusto, poderoso, bien organizado, con grandes templos, con pastores de cultura, con periódicos y bibliotecas. Eso, y también el judaísmo libre en su culto y propaganda en hermosas sinagogas abiertas al público; en una palabra, tan garantido como se encuentra en Francia, en Inglaterra y en la América del Norte.

¿Que por qué, no siendo yo protestante y menos aún judaizante, opino como llevo dicho? Porque la Iglesia católica española necesita verse enfrente de esas dos falanges religiosas, que haciéndole sería oposición, influyan en su manera de ser y en su conducta; le abatan ese orgullo insoportable y necio, esa vanidad ridícula que la devora; moldeen por fuerza su carácter en la turquesa moderna, purifiquen sus costumbres, obliguen al clero á vivir moralmente, mas también á tratar al pueblo con buenos modos

cristianos y á no pensar siquiera en perseguir ni en solicitar del Gobierno persecuciones contra los no católicos.

Abrigo la seguridad de que la convivencia con protestantes y judíos quitaría á nuestro clero ese miedo imbécil á la libertad de conciencia y de cultos, le enseñaría que también otras religiones tienen cosas buenas y malas, le mostraría cuáles eran para imitarlas, y, en fin, lo acercaría bastante á la fraternidad humana universal, que es la verdadera caridad predicada por Cristo.

Deseo que llegue á ser corriente en España lo que se ve, por ejemplo, en Suiza: á los clérigos católicos departir amigablemente con los pastores protestantes, con los clérigos del jansenismo y del catolicismo independiente (viejos católicos) y con los rabinos judíos. Allí, como en los Estados Unidos y en otros países, las Asociaciones de beneficencia no suelen ser exclusivamente católicas ó protestantes, son humanitarias, (decid laicas, si queréis, aunque no son sinónimos ambos términos); y como las fuerzas religiosas están equilibradas, se da en dichas corporaciones intervención á los sacerdotes de todas, de modo que intervienen en sus juntas directivas. El tesorero, un obispo católico; el contador un rabino judío; el secretario, un pastor protestante...

No se prescinde de la religión en general; lo que se deja á la puerta, lo que tampoco entra en las cervecerías y cafés que frecuentan clérigos, en las reuniones y en las bibliotecas, es el exclusivismo, «las diferencias de religión á religión», de secta á secta.

\* \*

—Mas para eso, pater, precisa una amplia libertad de cultos en las leyes, traducida á las costumbres, lo que no hay aquí.

—Bueno; pues no lo hay, por culpa de los protestantes que nos trajeron el protestantismo en 1869, y que no supieron ni lograron aclimatarlo, aunque no era imposible ni difícil siquiera; mas por sus torpezas, su rutinismo, su gandería y su ignorancia, lo hicieron imposible.

Hoy, todo se les vuelve á los pobres badulaques pedir libertad de conciencia, anunciarse en *El Liberal*, porque su director, Vicenti, es protestante; en *El País*, porque á fuer de liberales, creen allí justo favorecer todo cuanto sea hostil á la Iglesia, criterio muy razonable.

Pero «non oportet studere, sed studisse», no conviene ya estudiar, sino haber estudiado; ¡á buena hora, mangas verdes! Ya es tarde, otro era el camino. Cuando tenían ustedes dinero, protección y libertad de cultos, debieron sembrar bien y no sembraron. Aun después de la Restauración, ¿qué hicieron? Gaudular, comerse el sueldito venido del extranjero y justificado con cuatro familias y la del pastor cinco, reunidas cada ocho días por hora y media en un tugurio desastroso, llamado capilla evangélica.

Pues por esa ineptia y esa pigreria, la Iglesia domina, la libertad no existe; porque si al sobrevenir la Restauración hubiera encontrado aquí el protestantismo extendido, fuerte y albergado en monumentales templos, no se hubiera atrevido á suprimir la libertad de cultos, y, aun suprimida, por no haber hallado eso, si hubiera visto luego á los protestantes crecer, avanzar, acreditarse, erigir iglesias, comunicarse con la opinión por medio de grandes publicaciones, habría decretado la libertad de cultos, ahora la tendríamos y con ella todos ó parte de los bienes que arriba he citado.

Y al presente nos hacen los protestantes otro daño aun, en el que nadie repara, aunque tan considerable, y es: que como, pocos ó muchos, existen y consumen socorros que envía el extranjero, los ricos protestantes ó liberales de allá creen hacerlo todo socorriendo á los pastores de acá; ¡vaya! hay en España protestantismo, él crecerá, y si no crece, la culpa será de la raza española, fanática é ignorante, y de sus Gobiernos.

No; ni los Gobiernos ni la raza; es decir; culpáis injustamente á la tierra; los culpables son los sembradores; y además, ellos la calumnian. Creéis mantener el protestantismo, y lo que hacéis es mantener á la familia Flíedner, á la familia Cabrera, á la familia Tornos, que no hacen nada, que no les conviene hacerlo, ni que su religión prospere, porque eso los obligaría á trabajar y les traería una intervención temible de mal juego para ellos.

Hoy esas familias lo hacen, lo acaparan todo: el padre, obispo ó pastor regente; el hijo, presbítero; la hija ó la hermana, organista; otra hija, profesora; otro hijo, diácono ó acólito; el primo, maestro, y así, toda la asignación que viene de Alemania ó de Irlanda se queda en la familia, que vive cómodamente y no hace nada de provecho. Son como esos republicanos que gritan, discursen y hasta conspiran llenos de un miedo cerval á que venga la República.

En plata: libertad, cultura, progreso, ideas avanzadas, todo resulta dañado porque los que debieron no implantaron aquí la Reforma, que era, que es necesaria, y además la han hecho imposible; así han afianzado el bárbaro predominio del romanismo.

Señores, ¿les parecen á ustedes pocos motivos de acre censura y de una enemiga despiadada?

JOSE FERRANDIZ

## LOS PROTESTANTES NOS ODIAN

Para el P. Ferrándiz

Nosotros, á pesar de ímpios y apóstatas, no tenemos odio alguno personal contra los protestantes, ni en realidad contra los principios que integran su credo, sino contra su gestión, sistema de expansión, su *modus operandi* entre nosotros, y su método atractivo.



Cúmpleme hacer esta aclaración, para que en lo que he dicho, y me resta por decir, nadie vea ataque alguno contra la personalidad, para mí muy respetable, del P. Cabrera y de otros jefes y pastores evangélicos españoles. Volamos aquí un poco más alto, y dejando al individuo cercado de todos los respetos que la cortesía y la justicia demandan, analicemos su modo de proceder como autoridad eclesidística y como propagador del evangelio.

Entre el vulgo pasa por la categoría de axioma que todos los que escribimos en anticlerical estamos subvencionados por los protestantes. Eso se ha dicho *nominatim*, de cada uno de los que nos hemos creado una fama y una reputación en estas lides; los protestantes han dejado correr esta especie, no sé si para acreditarse de rumbosos, cualidad que desconocen en absoluto, ó para que el rumorcillo sirviera de cebo y atracción á otras plumas nuevas en el palenque de la lucha contra la reacción católica. Pues bien, esto es una falsedad insigne: ninguno de nosotros—de mí puedo jurarlo—ha percibido jamás un sólo céntimo de los protestantes.

¿Qué digo dinero? Ni siquiera hemos merecido de ellos la atención y gratitud que exige la más elemental cortesanía, antes al contrario, nos han desacreditado y difamado todo cuanto han podido. Y téngase en cuenta que ni aunque nos hubieran pagado los escritos los protestantes á peso de oro, no hubiéramos podido hacerles mejor el caldo gordo al protestantismo que se lo hemos hecho, arrimando sin cesar el ascua de la libertad hacia ellos y hacia sus empresas, reivindicando en favor suyo los respetos, tolerancia y apoyo de las autoridades y del pueblo.

Tarea tan inútil como estéril. Los protestantes, que llevan cuarenta años entre nosotros, no han podido conquistar—ni han querido—un clérigo de talento ó de prestigio que con su palabra ó sus escritos les hubiera hecho un formidable reclamo, ni tampoco un seglar que figure con relieve en la política, en la literatura, ó en el arte. En su mermado aprisco todos son anónimos, del montón, personas humildes que nada significan dentro de la sociedad, y cuya conversión no repercute en ninguna esfera, ni sirve para la conquista de un nuevo adepto.

En cambio han sabido, sí, difamarnos, calumniarnos y desacreditarnos; al Padre Ferrándiz, á Pey Ordeix y á mí nos han pintado como monstruos, como abortos del infierno, como focos de una corrupción perenne de las almas y de los espíritus. No nos perdonan jamás que habiéndonos divorciado de la Iglesia, no hayamos ido á implorar un mendrugo tan humillante como escaso á las puertas de la confortable mansión del P. Tornos ó del Palacio episcopal del P. Cabrera. Nuestra apostasía no figura en los anales protestantes, y por eso es realmente odiosa, y se nos cubre de cenizo, y se

afirma que nuestras campañas son una obra de destrucción, de ruina y de muerte.

Cuando yo, rebotando en mi corazón las amarguras y decepciones que en él depositó la perfidia de la Iglesia, no sabía cuál sendero me conduciría á la paz del espíritu, hice una visita al P. Cabrera, que duró un cuarto de hora escaso, y es la única vez que he hablado con él en mi vida; y salí de allí para no volver jamás, convencido que *verbis mutatis* era aquello igual que lo otro, con la misma soberbia, la misma hipocresía y la misma dureza de corazón, avalorado todo con un egoísmo feroz, amasado con una envidia del mérito ajeno que daba náuseas. Estaba yo entonces en el apogeo de mi popularidad como orador, con dinero, y en relaciones cordiales con la Iglesia, como lo demuestra el hecho de que continué cuatro años más militando en sus filas.

Si el P. Cabrera hubiera tenido menos repulsión hacia los hombres de algún mérito, si hubiera tenido algo de celo por su Iglesia y por su doctrina, quizás me hubiera conquistado, y el efecto que mi conversión hubiera causado en Madrid y en España hubiera sido de gran resonancia, y en pos de mí se hubieran agrupado muchos clérigos de valía. Yo no fui allí para ser protestante: fui á ver si uno de sus obispos tenía más fe, más espíritu, más metido en el corazón el Evangelio que los del catolicismo, y me convencí de todo lo contrario. Y no volví jamás. Si esto sucedía á los que íbamos á consultar, á explorar, á estudiar el protestantismo, ¿qué acogida tendrían aquellos que, rudos é ignorantes, incapaces para las luchas de la vida, acudían á aquellas puertas impulsados por el hambre y la deshonra?

El P. Cabrera ha tenido en su mano no una, sino muchas veces, el resurgimiento del protestantismo en España—y esto no lo digo aludiendo á mi caso, pues existen otros de más valía é importancia—y jamás ha querido hacerlo. En cada sotana que salía á su encuentro ha visto siempre al futuro competidor, al rival, al sucesor probable de su obispado, que es un fardo de familia, y lo ha rechazado con horror. ¿Cuándo se decide á consagrar esos cuatro obispos que tiene designados *in pectore* para España?... Es más: yo sé y me consta, que en cierta ocasión, por circunstancias que creo del caso explicar aquí, en Madrid y en Barcelona se logró reunir una pléyade de escritores y hombres eminentes que hubieran acabado por afiliarse á la Iglesia reformada que preside el P. Cabrera; pero apenas se enteró de aquella avalancha de intelectuales que se le venía encima, le faltó tiempo para anular y desvanecer aquel hermoso plan que hubiera sido un triunfo verdadero para el protestantismo. Valen más sin duda las cuatro viejas que dormitan en los bancos de su catedral.

En resumen: que el protestantismo nos odia, nos difama, nos tiene por vilanos y por malos, cooperadores de Satanás y

pervertidores de almas. Creo, pues, que ha llegado la hora de que le midamos con el mismo ratero que al catolicismo, lo mismo respecto á las ideas que á las personas.

FRAY GERUNDIO

## La cruz de Cristo

Sobre el pueblo español

Del número y clases de clérigos seculares

TEXTO DE D. MIGUEL MORAYTA  
NOTAS DE PEY ORDEIX

(Continuación)

En el artículo precedente vimos el clero catedral, colegial, y parroquial con una plantilla de 39.165 individuos. Especificados quedaron el clero referente á catedrales y colegiales; veamos ahora el cuadro parroquial.

*Párrocos*.—No hay guía ni censo oficial impreso donde conste cuántas y cuáles son las parroquias de España, y si le hay, no le he encontrado en ninguna biblioteca ni librería religiosa; quizá constituya las *tripas* del presupuesto: mas me parece que no, dada la redacción del de *Obligaciones eclesidísticas*, en el cual se da el caso de no aparecer la palabra arcipreste ó arciprestazgo y son 1.065, y el de no ofrecerse uniformidad en los nombres de las categorías de los párrocos, ni en sus sueldos. (Véase la nota a).

El *Anuario eclesidístico de 1904*, dice ser 16.341; según la estadística de la Junta, en 1910, llegaban á 16.811, y el presupuesto del año corriente los fija en 17.433, ofreciendo la particularidad de no concordar este número de párrocos con el de las parroquias que cobran subvención para su culto; más claro, el cap. II de las *Obligaciones eclesidísticas* relativo al personal, consigna que la diócesis de Murcia, la primera de la lista tiene 110 párrocos, y el capítulo XII, referente á su material, señala crédito para el culto de sólo 66 parroquias; no me explico estas diferencias. En 1855 eran 19.062.

Más á la vez que los prelados comunicaban á la Junta la cifra por ésta aceptada, añadieron que las parroquias son 20.664, cuya cifra corroboraron consignando en otro estado que el número de templos parroquiales era el mismo de 20.664: llegar-se á esta cifra por dos caminos distintos, impone la necesidad de aceptarla, y más cuando los datos de la Junta la permiten afirmar que de las 20.664 parroquias, 1.247 son de término; 4.000 de ascenso; 3.491 de entrada, 8.288 rurales, y 3.638 filiales (ab).

La diferencia entre párrocos y parroquias, no se resuelve por la posibilidad de desempeñar á la vez un cura dos; cosa quizá no autorizada por los cánones; pero si se explica por el hecho de ejercer de párroco un coadjutor, sustitución permitida á los obispos y alguna vez acordada con fines y propósitos muy censurables. También la resuelve en cierta medida la facultad

(Ab) Las trabas en este particular pueden provenir de las variaciones introducidas por el lio ese del *arreglo parroquial*, que ha resultado ser el mejor *reglo del negocio episcopal*.



tad de aumentar el número de parroquias y de variar su categoría, de cuya facultad se hace mucho uso: desde 1888 á 1910 se crearon 735 parroquias y se rebajó el número de las de término y ascenso y se aumentó el de las otras categorías.

Pero el ser las parroquias más que los párrocos, no importa á mi objeto; mi empeño consiste ahora en averiguar cuántos son los eclesiásticos seculares, y como no hay parroquia sin cura, las 20.644 declaradas por los obispos, demuestra existen otros tantos sacerdotes colocados á su frente, ya sean párrocos, ya coadjutores habilitados, sustitutos ó como se llamen. Su número es considerable, más se explica por las tareas de su ministerio: ellos bautizan, casan y entierran, confiesan, administran la comunión y la extremaunción, dirigen rosarios, triduos y novenas, hacen funerales, llevan el registro parroquial y deben enseñar el catecismo, visitar á los enfermos y asistir á los pobres con limosnas; son, en suma, los verdaderos trabajadores de la viña del Señor; y sin embargo, mientras perciben directamente del Estado, el obispo de Toledo, 40.000 pesetas, y 5.000 más como cardenal; el deán 6.000 y el canónigo de oficio 4.000, un cura rural de Huesca cobra 375, siendo aún sus mayores sueldos notoriamente modestos; la vida les es, sin embargo posible, merced al auxilio de los derechos parroquiales y de los llamados de pie y altar.

**Coadjutores.**—La suerte del coadjutor es más desdichada que la del párroco: 250 y 199,25 pesetas anuales cobran en algunas provincias eclesiásticas; ¡qué estudios, qué virtudes evangélicas, qué dignidad personal pueden exigirse á estos proletarios! Un monarca español decía: «Poca Marina y mal pagada»; si yo llevara vela en este entierro, exclamaría: «Poco clero y bien pagado.» Los coadjutores prestan casi el mismo servicio que el párroco, y en él descansan todas las tareas duras del oficio. Eran en 1910, según el Instituto Geográfico, 7.054; según el vigente presupuesto, 7.029. De ellos salen los párrocos interinos ó suplentes.

(Continuad)

## Religión y sastrería

Para «La Epoca», que ayer contestó á lo que decíamos sobre la famosa misa del Espíritu Santo, no hay diferencia substancial entre las cuestiones de conciencia y las cuestiones de sastrería.

Consiste nuestra equivocación, según el apreciable colega, en considerar «como manifestación de intolerancia religiosa, y como atentado á la libertad de conciencia, lo que no es más que mantenimiento de la disciplina militar, regulada por leyes vigentes bien claras y terminantes. Sin irreverencia alguna para lo que debe ser reverenciado, y nosotros sinceramente reverenciamos, el caso es el mismo que si, disponiendo la Ordenanza que á tal acto se asista con uniforme de gala, un jefe u oficial se presentara en él con uniforme de diario. Eso daría lugar á un Consejo de guerra y á una sanción. ¿Sería lícito salir diciendo «¡Qué ridículo!», «¡qué más da un uniforme

que otro!», etc., etc.? No; porque el mal no estaría en la cuestión de uniforme, sino en la desobediencia.

»Pues eso es lo que hay, lo único que hay en el fondo del asunto del Sr. Labrador. ¿Establece la ley de Enjuiciamiento en la Marina que los que han de celebrar un Consejo de guerra deben oír previamente esa misa, llamada del Espíritu Santo? Pues eso, que á nosotros nos parece muy bien, podrá á otros parecer muy mal, pero mientras sea ley, han de cumplirlo cuantos á ella esten sometidos.»

Según se ve, para *La Epoca*, la conciencia y el traje son una misma cosa.

Tanto monta ir á misa como ponerse un uniforme con más ó menos bordados. A la ley de Enjuiciamiento de la Marina incumbe decir á cada uno de sus subordinados cuándo deben hacer lo uno ó lo otro.

Verdaderamente curioso es el concepto que de la religión del Estado tiene «La Epoca», y á fe que de coincidir con él en las esencias no distamos nosotros mucho. Todo, cuestión de sastrería; así en lo divino como en lo humano.

Para los volterrianos y los escépticos, que con igual tranquilidad asisten al templo católico, á la sinagoga y á la mezquita (si los dejan), y hasta hacen en todos ademán de rezar, está muy en su punso la teoría.

¿Qué importa oír misa y comulgar con una ó dos especies, y envolverse el sombrero con un paño, si ello sirve para ahorrarse desazones?

Pero sucede que hay personas para quienes la conciencia y la fe no son canchales vacías. Y sucede, además, que no es esa medida de sastrería, amablemente esgrimida por «La Epoca», la que priva en el resto del mundo.

Por hipocresía ó por convicción, en todas partes se guarda á la diversidad confesional profundísimo respeto, y no se le ocurre á ninguna autoridad militar, terrestre ó marítima, ordenar que vayan al Oficio los católicos y á la Misa los luteranos. ¿Que lo manda la ley? Si lo mandara, sería de esas leyes que, según la fórmula genuinamente española, se acatan y no se cumplen.

También manda la ley—paes no están derogadas en forma las Ordenanzas—que se perfore la lengua al marinero blasfemo, y que en la última media hora de cada guardia nocturna se rece el santo rosario á popa y á proa. (Artículo 41, tratado 5.º, título IV).

En cuanto á los escrúpulos de «La Epoca» sobre la virtualidad del proyecto de ley existente en las Cortes por el cual se suprime la misa del Espíritu Santo, y contra el cual no hubiera habido oposición alguna, nos parecen algo más que pintorescos, al considerar lo que acaba de hacer el Gobierno con el proyecto de Mancomunidades. Y conste que á nosotros no nos ha escandalizado esto último, aunque lo reputen de atentado contra el Parlamento los ex ministros que tienen cerradas todo el año las Cortes, y muchos diputados y no pocos periodistas

que se alejan y abominan de ellas á los dos días de la reapertura.

*El Liberal*

## Mártires del deber

Aunque hasta la fecha no se haya visto á D. Severino Aznar ni al Sr. Marín Lázaro entre los que tienen hambre de pan y de justicia y luchan por saciarla, la verdad es que con la pluma y hasta con la palabra han abogado por las clases trabajadoras para que se les de lo que se les debe en justicia, siempre que no sea mayor salario ni menor jornada.

Cierto que D. Severino—de su comilitón no sabemos nada—ha caído del lado del dinero ó de la gente que lo tiene, pero este hecho no dice nada contra los ímpetus de apóstol, de redentor y aun de mártir, si á mano viene, del ilustre catedrático de seminario conciliar, del eminente director de una Biblioteca hecha en colaboración con la «Langosta Silenciosa», del imponderable articulista de revistas sociales y del eximio periodista.

Los espíritus rudos, que se atienen al refrán «obras son amores y no buenas razones», no creen en el aludido D. Severino, ni en su digno colega Sr. Marín Lázaro, ni en la interminable retahíla de sociólogos católicos que llenan revistas y aún libros y que por sus méritos estupendos se colocan bien y hasta tienen dos y tres puestecillos no mal retribuidos para ir tirando de esta vida perecedera, que no es sino el tránsito para otra eterna, nada menos.

Nosotros en cambio, si creemos en la fe sociológica de D. Severino, en su apostolado admirable y ejemplar, en su amor sublime y abnegado hacia los humildes, manifestado bien elocuentemente en escritos de los buenos que hay, y hasta en discursos.

Y porque creemos lo que se dice á cierraos en todas esas cosas, no de ahora, de hace algunos años data la grande admiración que nos inspira este D. Severino, escéptico cuando no tenía sobre qué caerse muerto, tesorero católico cuando topó con una posición social, hecho esté que no demuestra sino que los designios de Dios son inexcrutables..

Hay en la Historia un hombre admirable: Guzmán el Bueno. Este hombre acepta un deber, y con trágica grandeza le cumple, sacrificándole su hijo.

Pues bien, lectores de *El Motin*, don Severino y el Sr. Marín Lázaro son dos Guzmanes tan buenos como el otro, y hasta estaba por decir que mejores. Aceptaron un áspero deber, y lo cumplen, sacrificando á este cumplimiento sus más caros afectos, sus más amadas convicciones.

Aceptaron en el Instituto de Reformas Sociales la representación del capitalismo, y con grandeza que iguala á la del héroe de Tarifa, sacrifican á la clase



obrero, tan defendida por ellos con la pluma y hasta con la palabra, y defendida no digamos que con fiera de leones, pero, vamos, sí con una fiera regular, tal cual.

Hace algunos años se celebraba en Madrid un Congreso de Dependientes de comercio, al que concurría D. Severino como delegado. ¡Con gran dolor de su corazón tuvo que combatir el anhelo de la reglamentación y reducción de la jornada!

Ahora este mismo D. Severino y el Sr. Martín Lázaro, con la muerte en el alma se ven obligados a obstruir la discusión del reglamento que regula la jornada textil, y a regatear cuanto sea concesión a los obreros, a empeorar el ya malo reglamento, y todo ello bajo la mirada vigilante del secretario del Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona...

Nakens podrá creer que el catolicismo ya no da mártires; yo le presento a él y a los lectores de EL MOTIN el ejemplo de estos dos pladados varones, mártires del deber, sacrificando a ese deber su inquebrantable y acreditada adhesión a la causa de los humildes—siempre que no se trate de que estos humildes trabajen menos y ganen más.

¡Con qué amargura retrasarán estos adalides invictos del sociologismo católico la aprobación de un reglamento para cumplir algo que beneficie a los obreros! ¡Con cuánto dolor procurarán empeorarla aun más, en bien de los patronos!

¡Compadezcamos a estos hombres admirables, que con tan sublime grandeza saben anteponer la obligación a la devoción!

Y... ¡aviados estarían los obreros si por casualidad los honrasen haciéndoles caso!

EL ARRABEZ MALTRAPILLO

## “El Lobo”

de Joaquín Dicenta

Es el último drama del genial artista; muy discutido, y por esto tuve interés en verlo y estudiarlo. El tema es como sigue.

El beso de un ángel depositado en el surco (dejado en el rostro del salvaje presidiario por la hendidura de un puñal) es la semilla que despierta en el criminal el instinto del bien, y le trueca en salvador de la vida del director del presidio, contra la cual poco antes conspirara.

No cabe beso más puro ni eficacia moral mayor.

Tal es la tesis explanada en los tres actos de *El Lobo*, que se desenlazan en un presidio, en escenario vil, entre personajes repulsivos, en el muladar social, entre cuyas hediondes brillan destellos de diamantes sin pulir, que la civilización dejó incultos y acabó de embrutecer con sus artes prostibularias.

Claro está que tal escenario se presta poco a la belleza dramática física. Para

saborear la que el drama contiene, se necesita un exquisito sentido moral, que vaya a buscar las almas hermosas dentro de aquellos repulsivos uniformes de presidiarios, y que sepa ver las tempestuosas corrientes de los sentimientos en aquella monotonía y pobreza.

No todos los artistas se han poseído de este drama interior, que es el que deben representar y hacer llegar al público, encarnando cada uno el tipo específico que Dicenta ha creado en ellos, y que, aunque uniformes al exterior, son interiormente diversos y aun contrarios.

Son dramas estos, como *La Escoria* de Gorki, como *Resurrección* de Tolstoi, como *Piedra entre piedras* de Sudhermann, en que el talento del artista y la energía psíquica de los actores ha de vencer la carencia absoluta de elementos dramáticos, de amenidad de vida, de variedad de caracteres externos, del elemento femenino, de paisaje y de indumentaria. Todo en ellos es espiritual; y si no se revelan los espíritus, el personaje queda contrahecho y muerto y el drama por hacer. Es el gran drama moderno que tiende a revelar al gran público las bellezas sepultadas en los antros que no frecuenta y que se propone revolucionar las ideas que se tienen de las cosas.

*La Epoca*, cuyos ideales distan tanto de los que sostiene Dicenta, tuvo placer en revelar a sus lectores la verdad del drama; es consolador para todos saber que en el fondo del corazón humano hay siempre un lugar reservado al bien; y que en llegando a sembrarle, fructifica y sana todo el sér.

Claro está que en la humanidad apenas existen leyes universales sin excepción; aquel beso que en el rostro del Lobo tuvo tanta eficacia, en otros rostros habría quedado estéril. Pero no hay duda de que existe en la sociedad una masa enorme de seres que jamás tuvieron ocasión de sentir el filio del beso inocente y castísimo de sus semejantes, ni recibieron de la sociedad más que afrentas despertadoras de odios y desmoralizadoras de la voluntad.

Esta es la verdad revelada en el drama de Dicenta. El germen del bien que se pierde en el seno de los llamados malvados por incuria de los que se creen buenos; y la plenitud de mal que vive en los llamados buenos y que en el fondo resultan malvados.

Mucho valor necesita el autor para llevar al público muelle estas vigorosas verdades, y para introducir la gente divertida en las tragedias del presidio.

El público se compenetra de la intención del autor y sale del teatro con la satisfacción íntima de haber visto algo nuevo y de haber aprendido una lección de moral transcendental.

La cantidad de gusto que cada espectador lleva en el curso del drama depende de su vigor sentimental y de su sentido de la belleza moral.

R. MAYOL

## ARTÍCULOS FIAMBRES

### República parodiada

¿Por qué, aún convencidos todos de la necesidad de hacerlo, hay quien se resiste a dar organización nueva al partido republicano? Por seguir jugando a la República.

¿Se cree esto una paradoja? Véanse los cargos y funciones que hoy ejercemos, y compárense con los que dentro de la República desempeñaríamos.

*Presidente de la República.*—El jefe de cada fracción.

*Ministros.*—Los miembros de cada Directorio ó Consejo.

*Cortes.*—Las asambleas y en su defecto las juntas centrales de cada partido.

*Gobernadores.*—Los presidentes de los comités provinciales.

*Personal de los gobiernos.*—Los vicepresidentes y vocales de esos comités.

*Ayuntamientos.*—Los comités municipales.

*Legislación.*—Las constituciones y programas.

*Gacetas.*—Los periódicos.

*Alianzas.*—Las que se pactan entre las diferentes fracciones para elegir diputados ó concejales.

*Guerras civiles.*—Las sostenidas entre fracción y fracción y que en ocasiones dan vida a otra fracción nueva.

*Tributos.*—Las suscripciones y derramas acordadas para sostener periódicos oficiales, dar banquetes al jefe ó a sus delegados, etc.

*Camarillas.*—Las que rodean a cada jefe.

*Ejecuciones.*—Las llevadas a cabo, moralmente, en todo aquel que no se ha sometido.

*Tratamientos.*—En vez del «augusto soberano» de la monarquía, hemos dado a los jefes los de ilustres, eximios, integérrimos, etc.

Y entretenidos en estas puerilidades, apenas si nos hemos fijado ni nos fijamos en los males de la patria. ¿Qué falta hace que venga la República, si nos hemos proporcionado una para andar por casa? Excepto cobrar, todo lo demás lo efectuamos.

Y como la vanidad se satisface con lo que encuentra a mano, de igual manera que hay quien toma Champagne de a dos pesetas y Jerez de a seis reales con la misma solemnidad y el mismo gusto que si fueran legítimos, nosotros nos contentamos con parodiar así la República, creyendo de paso que al hacerlo destruimos la monarquía.

Y así han pasado veinte años.

Y pasarán 200, si no variamos completamente de conducta.

1895

### Máquina desarmada y fragua apagada

Noa está pasando de algún tiempo acá a los republicanos lo que al que usa pe-



luca ó se tñe la barba. Cree que se la da á todos, y ni siquiera se la da á sí mismo.

Todos estamos en el secreto de nuestra impotencia actual, mas ninguno lo decimos; por el contrario, tratamos de engañarnos, creyendo que los demás no han caído en la cuenta.

Esto no es, ni mucho menos, confesar que el partido republicano carece de fuerza; la tiene y grande. Pero es una fuerza como la que representan las diferentes piezas de una máquina poderosa desparrramadas por el suelo: hay que colocar cada una en su sitio y hacerlas funcionar para que la fuerza resulte. Y como no hemos encontrado mecánico que arme la máquina que desarmó Pavia el 3 de Enero del 74, ¡velay usted!

Muchas veces lo han intentado varios, con escasa fortuna siempre. El mecánico mejor se encontraba al final conque había colocado al revés una pieza ó se había olvidado de otra. Y vuelta á desarmar para armar de nuevo. Y al cabo de 21 años nos encontramos con algunos trozos de la máquina bien agrupados, pero sin que pueda funcionar todavía.

No dudo sin pruebas de la buena fe de nadie, y concedo que la han tenido todos los mecánicos, sus ayudantes, y cuantos han opinado que debía comenzarse á armar la máquina por ésta ó por la otra pieza. ¡Y cómo dudar si yo también me he engañado! La única diferencia entre los demás y yo, es que ellos se han empeñado en sostener, aun después de ver el fracaso, que la máquina funcionaba bien, y yo he tenido la honrada franqueza de silbar á los autores, incluso á mí.

Y vamos con lo otro.

Que no se cansen los directores del partido republicano: han dejado apagar la fragua, sin comprender que es más fácil conservar el fuego que volverlo á encender, y que á esto se debe lo que actualmente nos ocurre.

No hay vida, no hay calor en el partido; la duda en los hombres ha enjendrado la desconfianza en los procedimientos, y lo mismo los que prefieren los legales, que los preconizadores de los de fuerza; los siguen con la misma convicción que el loro repite: «para España y no para Portugal»; por rutina, por costumbre.

Hay, por lo tanto, que volver á encender la fragua para poder batir luego el hierro en caliente.

1896

## Verdades verdaderas

Antes, los monárquicos se preocupaban de nosotros: ahora, nos desprecian. Si nos reunimos, se encogen de hombros; si gritamos, se ríen.

Hablamos de derribar lo existente, y maldito el caso que nos hacen. Si nos denuncian algún periódico, casi siempre es por dar satisfacción á alguien, no por importarnos lo que decimos.

¿Tienen razón para tratarnos así? De sobra.

Ellos, no con propósito deliberado, si-

no por la fuerza misma de las cosas, hacen lo posible porque venga la República. Y nosotros diciéndoles con nuestros: «muchas gracia; no la queremos.»

Eso sí, de palabra, somos terribles; ¡sin veces que hemos llamado á los monárquicos canallas, y ladrones, y asesinos, y á la monarquía infame, inmoral y corruptora!

¿Y amenazas? No pasa día sin que derribemos con la lengua ó con la pluma la odiada institución.

Lo que no sé, es cómo ha resistido la monarquía los títulos que ponemos á los artículos en nuestros periódicos: ¡Esto se ve! ¡La monarquía se hunde! ¡No hay salvación! ¡El momento se acerca! títulos que la aterrorizarían indudablemente, si la costumbre de oírlos durante veintidos años no le diese alguna esperanza de que todo quedará en dicho.

Discursos elocuentes, á millares; apóstrofes sangrientos, á millones; de mítins, no hay que hablar; habremos celebrado sus cinco mil, saliendo de todos ellos convencidos de la caída inmediata de la restauración. ¿Y de los brindis belicosos é intencionados al final de los banquetes? Tantos en número como las estrellas del cielo.

Y en tan demoledoras (?) ocupaciones, y en fundar comités, y en discutir si lo unitario es mejor que lo federal, ó al revés, y en hacer y deshacer coaliciones, uniones y fusiones, hemos pasado el tiempo.

¿Y cuál ha sido el resultado? Llegar al bochornoso extremo de que los monárquicos se burlen de nosotros.

Hay que remediar esos errores, queridos correligionarios. Y, para ello, solamente hay un medio: el de unírmos. Cualquiera otro, si no aumentase el mal, lo perpetuaría.

Un enfermo persistiendo en tomar remedios á sabiendas de que no han de curarle, se parecería á nosotros.

1896

## El indiferentismo

Pudiera aducir mil pruebas para convencer á los más obcecados de que la indiferencia nos mata, más hoy me fijaré sólo en la vida azarosa que arrastra la prensa republicana. Ninguno de los periódicos que se publican en Madrid tiene vida propia.

*El País*, órgano del progresismo, lo costea un hombre sólo; el Sr. Catena, *La Justicia*, del centralismo, se sostiene por el sacrificio de sus accionistas. El pactismo se las compone con un periódico semanal, que no arriba, á pesar de que el Sr. Pi traba en él como un negro, y que lo redactan escritores de valía. Si tuvo ocho años uno diario, *La República*, fué porque Santa Marta se gastó en él cerca de cuarenta mil duros. No hablo de *El Globo*, porque está apartado de estas luchas; ni de *El Liberal*, porque su índole peculiar de periódico de empresa lo pone en manos de republicanos y monárquicos.

Todo esto es desconsolador, pero de evidencia notoria. La propaganda de las ideas republicanas no tiene hoy el eco que debiera.

El republicano que se suscribe al periódico de sus partido, cree que realiza un acto heroico que debe señalarse á la admiración de las generaciones futuras; algo sobrenatural que merece la gratitud sin límites de sus contemporáneos. ¡Y esto sucede habiendo más republicanos que nunca hubo!

¿Qué diferencia entre estos tiempos y aquellos en que el periódico *La Iberia*, perseguido por los gobiernos reaccionarios, encontraba simpatías, despertaba entusiasmos, y en cada suscriptor hallaba un cómplice y en cada lector un auxiliar! Le imponían una multa de mil duros, y al día siguiente tenía doble en su caja; por esto á cada atropello se erguía más poderoso: contaba con un partido, y podía atreverse á todo. La opinión no era, como ahora, pasiva y platónica: era viva y fecunda.

¿Pero hoy? Hoy es denunciado un periódico, y ni aumenta una suscripción por eso, ni provoca una indignación, ni apenas se entera el que lo lee. Si algún compañero cariñoso pone al final de la noticia el estereotipado *sentimos el percance*, más bien parece tributo rendido á la costumbre que expresión de afecto.

¿Es que la situación económica de hoy es peor que la de ayer, y que no todos los que quieren pueden? No lo desconozco; pero si lo que gastamos los republicanos en telegramas de felicitación, y en cartas, y en banquetes, lo destinásemos á robustecer la prensa, ella se desenvolvería con desahogo y podría extender la esfera de acción de su propaganda.

He hablado sólo de la prensa de Madrid: la de provincias está peor aún. Los republicanos que á ella consagran sus ahorros, su inteligencia ó su actividad, esos sí que realizan un acto de inconcebible heroísmo; para esos sí que habría que tejer coronas. Sostener un periódico en provincias es demostrar un amor desenfrenado hacia la República.

Si continuásemos así; si los que están al frente de los partidos no hacen nada por levantar el espíritu republicano, vamos á morir por consunción, la peor y la más triste de las muertes; porque ya está visto que nosotros, los de abajo, no tenemos tampoco lo que se necesita para iniciar el gran sacudimiento que es preciso realizar si hemos de salvarnos.

Los jefes no hacen nada, y nosotros no nos atrevemos á hacer nada sin los jefes. Esta es la verdad á despecho de idólatras y de inocentes.

1892

## Los atropellos

Dificultades de trámite me han impedido presentar en la Tenencia de Alcaldía del Distrito de Buenavista la siguiente reclamación que deseo hacer llegar á conocimiento del Municipio de Madrid



Por si mereciera la consideración del honorable Ayuntamiento, la confío á las columnas de EL MOTIN, ya que otros periódicos de más circulación que éste, sean del «trux» ó de los agustinos, no se dignan ocupar sus columnas con estas insignificancias.

En la Plaza de la Independencia, entre las calles de Alcalá y Oléza, existe un paso de coches que da acceso á la casa situada en dicho punto, y que por tener que penetrar los carruajes en la acera resulta un peligro inminente para los transeúntes.

No se trata, como pudiera suponerse, de un paso perpendicular á la acera para la entrada de los coches en la finca, sino de un trayecto interior de tránsito frecuente, que necesariamente queda interrumpido al utilizarlo y estacionarse en él cualquier vehículo, y que fácilmente puede ocasionar desgracias personales.

Habiendo presenciado anoche el caso en un niño, que por la agilidad de sus diez ó doce años pudo salvarse de ser atropellado dentro de la acera por los caballos de un coche, consideré un deber inquirir la causa del aparente abuso, resultando de mi información que el propietario ó inquilino de la casa,—caballero muy correcto cuyo nombre ignoro,—tiene licencia y paga una contribución especial para que puedan pasar los coches hasta la puerta.

Esa concesión excesiva y privilegiada que pudo ser hecha sin grandes perjuicios para el vecindario cuando el tránsito por la puerta de Alcalá era escaso, es hoy improcedente é injusto el continuar autorizándola; y al formalizar mi respetuosa protesta por ello, pido en mi derecho que como mejor proceda se impida el paso de carruajes por dentro de la acera en el trayecto arriba señalado, reintegrando de la parte correspondiente a la cantidad pagada por la licencia al propietario de la finca allí ubicada, quien en su espíritu de equidad, compensará la molestia de caminar á pie unos pasos con la satisfacción de evitar por su parte una probable desgracia en un semejante.

La mejor manifestación de cultura es el mutuo respeto á los derechos comunes, que no deben sacrificarse á los presupuestos municipales; y si todos los habitantes de Madrid somos contribuyentes de mayor ó menor importancia, y más ó menos directamente, debemos contribuir también todos á generalizar la cultura en esta simpática villa con ribetes de villorrio.

MANUEL VINUESA

16 xix-918.

## Todos los medios son buenos...

Los padres jesuitas, que se distinguen siempre por sus campañas «pro la moral», de acuerdo entonces—y esto hace cosa de un año—con sus colegas los reverendos dominicanos de aquí, en que

el «Cine» era y sigue siendo el foco de las concupiscencias mundanas, cuando aquéllos eran invitados á ocupar la imprescindible cátedra del Espíritu Santo, no se paraban en barras, y arremetían á sangre y exterminio contra la proyección del día en materia jelatinosa, por ser ella el punto de reunión de todas las damas, de todos los caballeros y de unos pocos *caballeretes*, en quienes las formas no guardan relación con sus principios, porque se creen que en estos antros del silencio y de la cultura, todo el monte es orégano:

He ahí la clave, el hueso carcomido en donde hincan el diente los ilustres reverendos para decir, cuando lo decían, que el «cine» era el escándalo mayúsculo de la inmoralidad, el comienzo de una civilización decadente, de perdición y de pecado en el orden moral y religioso.

El léxico gramatical, así como el fárrago todo de calificativos *más usuales* en el diccionario de la Lengua, encontrábase por entonces agotado totalmente, pues padres y clérigos, siempre que ocasión alguna hallaban para sus *menesteres* de desahogo religioso... lanzaban, dicho mejor, *despotricaban* á cuatro vientos la inmoralidad cineca.

Puños encrispados, gestos convulsivos, aspavientos sin *pizca* siquiera de respeto al lugar sagrado, son y fueron siempre los síntomas de una propaganda, que para tal cosa no valía la pena molestarse; pero como quiera que les atacaba directamente al bolsillo de sacristía y les restaba contingente masculino y femenino en sus *novenas, velas, juntas y rosarios*, los quebraderos de cabeza para los reverendos eran mucho mayores, y se imponía, por lo tanto, exterminar de raíz ese bicho endemoniado que se llama «cine» permanente.

Hoy, carísimos lectores, la *torta* jesuitica se ha vuelto de cara para no aparecer nunca más sobre palestra de un púlpito parroquial ó conventual: encontraron los padres de Santo Domingo un medio muy sencillo y práctico para contrarrestar los pingües beneficios de cine y variedades: hacer lo que los demás hacen, mandando á paseo á la moral en el cine y olvidando todo lo pasado, y... vamos viviendo.

Hoy, no sólo no lo combaten—al cine me refiero—sino que lo recomiendan como medicamento para el espíritu, y hasta lo explotan como uno de tantos negocios; en Vetusta no encuentro hoy, ni por un ojo de la cara, beata joven ó vieja que prefiera como antaño *blasfemias* históricas, poniendo de vuelta y media al elemento más prodigioso que hasta al día conocemos, porque él educa los sentidos á los que nada saben y nada logran aprender en libros y con maestros.

Aquí, entre la gente de faldas «bicolor», cada maestrillo tiene su librillo, y cada uno y todos en comunidad, practican la máxima eficaz de «todos los medios son buenos para conseguir el fin.

¡Se vive!

Lejano no estará el día en que las exi-

gancias de ciertas damas y de una gran parte del público, les impongan á los reverendos padres de Vetusta algo que desvirtúe en parte al aburrimiento del «cine»; y entonces verémosles refocilarse ante una sección de variedades con cuéplis refinadamente parisinos de la bella Fornarina, ó bailes *castizos* de la Pastora Imperio.

Como la finalidad esencial para los Padres, es que las pesetas entren á montones en taquilla para destinarlas luego en libretas de ahorro para los niños pobres, nada tendría de particular que viésemos cosas gordas, muy gordas...

EL DUENDE DEL CONVENTO

Oviedo, Diciembre del 1913

## CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

## ALMANAQUE cómico DEL CARLISMO pa a 1914

con sesenta caricaturas

PRECIO: UNA PESETA.

## El P. Miguel Mir y SAN IGNACIO DE LOYOLA Estudio histórico-crítico de S. Pey Ordeix. Un tomo de 206 páginas, UNA peseta.

## Mi paso por la Cárcel

(2.<sup>a</sup> edición)

Precio: DOS pesetas.

## Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y los buenos perseveren, O SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CELEBRES Y ODORÍFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

FOR

José Nakens

## Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Precio: UNA PESETA

LA RELIGION

AL ALCANCE DE TODOS

Una peseta.



# CASTIGOS

por  
ROBERTO ROBERT

*cibdat, ó fuera, préndalo el iux é fágalo quemar...*

\*\*

No será cosa aventurada afirmar que en aquellos tiempos se había llegado á fijar exactamente todos los casos en que se debía quemar á un hombre, y que toda la ciencia moderna no ha descubierto ni un sólo caso en que sea conveniente el suplicio del fuego.

La seguridad del legislador es tan grande que sorprende á veces, porque entre el delito y la pena, más bien que proporcionadas relaciones puede decirse que hay ecuación.

Así el *Fuero Real de España* nos dice en su libro IV, título IV, ley I.ª:

*«Ningun Christiano non sea osado de tornar Judío, ni Moro, ni sea osado de facer su fijo Moro, ó Judío; é si alguno lo ficiere, muera por ello; é la muerte de este fecho á tal sea de fuego.»*

¿Hay aquí aplomo ó no le hay?

\*\*

Y después viene más fuego.

*«Defendemos que ningún Juío no sea osado de leer libros ningunos que hablen en su ley... ni de los tener ascondidos; é si alguno los tuviese ó los fallare, quémelos á la puerta de la synagoga concejaramente.»*

\*\*

Y *«el que á sabiendas quemare mieses ajenas, ó pan en eras, ó casa, ó monte, quemen á él por ello...»*

Es evidente aquí la ley del progreso.

La aplicación del quemar se iba extendiendo á todo y á todos los casos.

A propósito de quemaduras, se observaba que para el *Fuero Juzgo* uno libra de oro era una pena tan grande para un hombre libre como el ser quemado para un siervo.

Esta relación la descubre el Código Visigodo en su libro XI, al tratar «De los que facen danno en los monumentos de los muertos.»

Lo primero que dice en el título II de dicho libro, es que el que quebrante monumento de muerto ó le quite á éste los vestidos ó adornos, pague una libra de oro y reciba doscientos azotes, si es hombre libre; pero *«si es siervo, reciba CC azotes é sea cremado en fuego ardiendo...»*

Véase en cuán poco estimaban su vida aquellos siervos, que aun perdiéndola entre llamas, el legislador no le atribuía mayor precio que el de una libra de oro.

\*\*

Y en efecto, comparada con la eternidad ¿qué podía valer una vida de siervo?

\*\*

Censurando un moderno compilador de los códigos españoles aquellos tiempos gloriosos, disparata del gracioso modo siguiente:

...«Si á esto se agrega la escasez de leyes propiamente civiles que se notaba en todos los fueros, el espíritu grosero y propio de los siglos en que se habían redactado, el rigor con que castigaban causas leves, la impunidad que concedían á graves crímenes, la atrocidad absurda de algunas de las leyes que admitían y los castigos horribles que mandaban imponer, no podrá menos de convenirse en la necesidad de su reforma.»

\*\*

¿Y es posible que de cristiano, de español y de caballero se precie quien de tal manera ultraja y vilipendia unos tiempos en que todo se hacía bajo la inspiración de la fe cristiana y el patriotismo, y sólo la nobleza y el clero eran caracterizados ordenadores de la sociedad y agentes en la tierra de la justicia del cielo?

¿Dónde está esa impunidad, si á cada hombre le faltaba tiempo para dejar castigado el menor desliz que veía cometer, ¿qué digo? el menor desliz que cometiera él mismo?

¿No dice el caballero del romance que hemos citado:

«Yo me seré el alcalde,  
yo me seré la justicia;  
que me corten pies y manos  
y me arrastren por la villa?»

\*\*

Y si á sí mismo quería ese castigarse por bobo, ¿qué no habría hecho con otro que le pareciese malo?

Impunidad en una época en que todo el mundo iba armado hasta los dientes y más se salía á la calle para hacer justicia á tajos y reveses que para ir á paseo!

\*\*

¿Ni qué es eso de castigos horribles ni de pruebas absurdas y atroces?

¿Qué tienen de horribles á los ojos de la fe y para los amigos del verdadero orden social los castigos de que hasta ahora hemos hablado?

Degollar, mutilar, castrar, quemar en fuego ardiente, ahorcar por el pescuezo, ahorcar por las piernas cabeza abajo, azotar, apalear, desojar; ¿dónde está aquí lo horroroso?

\*\*

¡Ah! El autor de la introducción histórica á las leyes de Partida se horroriza de los medios más naturales empleados por la justicia en los buenos tiempos y acaso contempla impasible que hoy día, en pleno sol, en la potra de Recaredo se vendan, no los hombres unos á otros, sino lo que es aún más horrible, se vendan Biblias sin notas!

¡Esto no le horripila al anarquista! ¡Esto no le hace llorar lágrimas de sangre sobre la abominación de la desolación, y se escandaliza de que se quema-

ran ó cortaran ó colgaran cabezas de siervo, ojos de siervo, orejas de siervo; pies y manos de siervo!

\*\*

Así se escribe y se juzga hoy día. Así se pervierten hoy día las más sencillas nociones de moral y se extravía á la juventud inexperta vituperando á los siglos más heroicos y cristianos, al paso que se permite que ¡a peseta, hermanos, a peseta! se vendan sin notas el Nuevo y el Viejo Testamento, ¡y á diez reales Los Evangelios anotados, por Proudhon!

\*\*

Y que no es error de momento, sino ira embriagadora contra los buenos tiempos el númen inspirador de quien escribió la introducción histórica á las leyes de Partida, está fuera de duda y es tan evidente como el misterio de la Encarnación.

\*\*

Olgasele cómo habla del rey D. Alfonso IX:

«Don Alfonso IX discurrió horribles suplicios para los ladrones y alteradores de la tranquilidad pública, que mandó ya arrojar de las torres, ya desollar, ya quemar, ya cocer en calderas y ya sufrir otros suplicios horribles. ¡Triste estado de la sociedad en que se escogitaban tales medios para salvar los principios de justicia!»

¡Oh... no lo creáis!

\*\*

¡Triste aquella sociedad en que todo eran justas y torneos y bellas damas y trovadores y cortes de amor y milagros y gentilezas!

¡Triste aquella sociedad en que el más inepto artífice sabía hacer una horca esbelta y sólida, y era apto para trabajar en ella ante el público más experto!

\*\*

Mas ¿á qué hemos de cansarnos en desmentir á ese demagogo, si á cada paso confiesa sin querer que es enemigo jurado de aquellos siglos y los califica de bárbaros y feroces, y sólo alaba las debilidades del legislador, achacándolas á sentimientos más humanos que los dominantes en su época?

Después de asegurar con inaudito descaro que el carácter de los siglos medios era grosero y sanguinario, aparentando no saber que por lo contrario fueron siglos de humildad en los pobres, de recato en las doncellas, de magnanimidad en los próceres, de gloria para la Iglesia y de cristianas virtudes en todos, añade algo que voy á copiar, refiriéndose á los autores de las leyes de Partida.

\*\*

Comprenda el lector que va á oír á un enemigo de las gloriosas tradiciones es-

(Continuad)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID